

UNA INTERPRETACION EVOLUTIVA DE LA HISTORIA

I

¿QUÉ ES INTERPRETACIÓN HISTÓRICA?

La historia es algo más que una simple enumeración de hechos, nombres y fechas, cuidadosamente ordenados de acuerdo con su sucesión cronológica. Tras el acontecer histórico, se desarrolla el drama más que milenario de la humanidad en brega constante por alcanzar su superación. La interpretación histórica no es otra cosa que un esfuerzo por descorder el velo de ese drama. Es un estudio sistematizado del devenir de los hechos históricos, con objeto de arrancarles las leyes que presiden su sucesión.

Solamente, a través de la interpretación histórica, podemos considerar a la historia como una ciencia. En efecto, el simple catálogo de los hechos, por más exacto, minucioso y completo que sea, no pasa de ser el conjunto de los materiales para crear una ciencia, pero no ciencia en sí misma. La función propia de la ciencia es el estudio de los fenómenos, su sistematización y el descubrimiento de las relaciones que median entre ellos. La exposición histórica consiste en el relato de los hechos históricos, pero no es su sistematización; no cumple, pues, con los caracteres de una verdadera ciencia, aun cuando, para garantizar la veracidad de los hechos relatados, se sirva del auxilio de varias ciencias. La forma más avanzada de la exposición histórica, la llamada historia de la cultura, que recoge las costumbres, las instituciones, el pensamiento y las artes de los diversos pueblos, contiene ya un elemento de análisis científico: pero éste no constituye aún el elemento dominante.

En cambio, la interpretación histórica es en sí misma un análisis científico de los acontecimientos, que los compara y los clasifica, en una búsqueda incesante de las relaciones de causa a efecto que median entre ellos, a fin de descubrir las leyes que presiden su sucesión. Constituye, pues, la etapa culminante de los estudios históricos: aquélla que, sirviéndose de los mate-

riales que le proporciona la exposición histórica, es decir, del relato exacto de los hechos, costumbres, instituciones y demás manifestaciones culturales de los pueblos, crea la sistematización científica de los mismos.

Es necesario aclarar que lo dicho no debe entenderse como un intento de restar méritos a la exposición histórica; nada más alejado de nuestro pensamiento. En el trabajoso proceso del desarrollo científico, todas las etapas tienen igual importancia y las primeras constituyen la condición indispensable de la existencia de las ulteriores. Sin el paciente y abnegado esfuerzo del arqueólogo, del investigador de documentos y del expositor de la historia, la labor del intérprete sería imposible.

Resulta que la exposición histórica representa el primer grado del conocimiento humano, el que se refiere a hechos concretos y los aprehende directamente en su particularidad. La interpretación histórica es el segundo grado; contiene una primera abstracción de la mente humana que, al sistematizar los hechos históricos, forma categorías de ellos y enuncia las leyes de su sucesión. El tercer grado lo representan la sociología y las ciencias sociales especializadas, que trabajan con el hecho social, es decir, con el hecho-tipo, con el arquetipo ideal de una categoría de hechos históricos. Finalmente, la abstracción máxima del intelecto la encontramos en la filosofía general, la ciencia de las ciencias.

Cabría, acá, discutir el nombre de nuestra disciplina. La hemos llamado interpretación histórica. Habrá quienes la denominen filosofía de la historia, y otros, teoría de la historia. La verdad es que ambas denominaciones tienen un contenido diferente del que pretendemos darle a nuestro presente trabajo.

La filosofía de la historia es una disciplina de tipo filosófico; parte de los principios fundamentales señalados por la filosofía general, para deducir de ellos las leyes del acontecer histórico; su misión es, pues, la fundamentación filosófica de la interpretación histórica y el señalamiento del método y de los límites del campo propio de la misma.

La teoría de la historia, en cambio, tiene por objeto la interpretación histórico-sociológica de los hechos; en este sentido, su campo se confunde con el de la interpretación histórica. Pero la diferencia entre ambos es de etapas. Hasta este momento, todos los trabajos que se han producido, en esta materia, llevan el sello profundamente personal de sus autores; entre cualesquiera dos interpretaciones que se comparen, el elemento subjetivo pone aún diferencias demasiado grandes. En el esfuerzo por crear la ciencia histórica, no hemos logrado superar aún la etapa de las interpretaciones personales; no obstante lo cual, estamos convencidos de que será superada en breve. Por ello, hemos preferido mantener el nombre de interpretación histórica, más conforme con el estado actual de nuestra disciplina en vías de creación: pero,

afirmando al mismo tiempo nuestra aspiración, que comparten todos los que se dedican a este mismo tipo de estudios, de llegar a la formación de una verdadera teoría de la historia, en la cual la objetividad del acontecer histórico se haga sentir con mucha mayor fuerza que las interpretaciones subjetivas de los escritores.

II

LA CAUSALIDAD HISTÓRICA

El problema fundamental que en primer término se ofrece a la interpretación histórica, es el de la causalidad. La gran difusión que en nuestro tiempo tienen los estudios de las ciencias de la naturaleza, ha influido en los otros campos del saber humano; las ciencias naturales son la base de la técnica moderna y nuestro mundo contemporáneo es esencialmente técnico. Por ello, se ha generalizado el concepto de causalidad propio de estas disciplinas; se trata de una causalidad rígida, invariable, irrefragable; puesta la causa, el efecto ha de seguirse necesariamente; si se suelta un objeto en el aire, éste cae y no puede suceder de otra manera.

La aplicación de este concepto de causalidad al campo de la historia, da por resultado una interpretación determinista. Para quienes enfocan la historia con criterio determinista, la sucesión de los hechos se produce fatalmente; cada acontecimiento viene a ser la única consecuencia posible de la combinación de sucesos antecedente; la voluntad humana no sería, pues, capaz de torcer el curso de la historia.

Por otra parte, aquellos que sostienen la postura filosófica libre arbitrista, se niegan a admitir un criterio semejante. Para muchos de ellos, la causalidad no es posible en la historia, lo que equivale a negar la posibilidad de toda interpretación histórica. He aquí por qué el problema es fundamental; porque involucra la existencia misma de la disciplina científica que nos ocupa.

La verdad es que no es necesario prestar a las ciencias naturales su concepto de causalidad para que ésta pueda darse en la historia. La causalidad en la historia existe, pero es de naturaleza diferente, aunque la designemos con la misma palabra. No se trata de una causalidad rígida e inmediata, sino, de una relación diferente en la cual la reacción libre del hombre tiene la decisión final.

El hecho histórico es un hecho de conducta humana, es decir, realizado por un agente dotado de inteligencia y voluntad; de inteligencia que le per-

mite, en presencia de los acontecimientos, apreciar las diferentes alternativas que se le ofrecen para responder, y de voluntad, cuya función es elegir entre las varias alternativas la que cree más conveniente. Si un hombre es atacado, puede defenderse, puede huir o puede llegar a una transacción con el atacante. No se trata de una sola consecuencia posible, sino de varias.

Por esa razón, en nuestros días, los autores tienden a abandonar la posición determinista. Ya no nos hablan de factores sociales, sino de estímulos, cuyo solo nombre nos sugiere la idea de algo que incita la voluntad, que provoca una reacción libre. El estímulo hace el papel de reto que proporciona la ocasión de que quien lo sufre elija la respuesta adecuada. Es una causa indirecta, por cuanto sin su existencia, la respuesta no habría tenido ocasión de producirse; pero la verdadera causa inmediata y directa es la voluntad de quien responde:

Las consecuencias de estos dos enfoques, dentro de la interpretación histórica, son de gran trascendencia. Para el determinista, las leyes históricas son verdaderas leyes, a cuyo cumplimiento es imposible escapar; para el librearbitrista, las leyes históricas solamente marcan la dirección general de la tendencia, que, desde luego, cuenta con el mayor número de probabilidades de cumplirse, pero la fuerza de la voluntad humana puede hacerlas fallar. Como dice el ilustre autor inglés, Arnold J. Toynbee, la palabra ley, en historia y, en general, en ciencias sociales, es necesario escribirla entre comillas.

El problema que hemos señalado en las anteriores líneas y cuya solución, a nuestro juicio, acaba de ser expuesta a grandes rasgos, requiere un enfoque más detenido; la verdad es que, si analizamos el asunto con mayor profundidad, habremos de admitir que, si bien es cierto que las posiciones fundamentales son dos, ellas admiten múltiples variantes.

Detengámonos primero en el acto humano individual, para pasar a continuación al acto humano colectivo. Para aquellos que niegan el libre arbitrio, el acto individual está determinado por las impresiones causadas por las circunstancias exteriores; el hombre, para los deterministas, puede tener la impresión de que toma libremente sus decisiones, pero se engaña; en realidad, según ellos, obedece al imperio de las circunstancias; cree elegir, cuando toma el único camino posible; sus reacciones serían, pues, del mismo orden de las del animal, las cuales están dominadas por el instinto.

Los que creemos en la voluntad libre del hombre no podemos menos de admitir la existencia de dos clases de actos individuales: a) El acto consciente, en el cual el hombre pone todas sus facultades, el cual es esencialmente libre; la inteligencia examina todas las posibilidades y la voluntad elige libremente la que, en aquel momento, prefiere; y b) El acto subconsciente, que se realiza mecánicamente, sin que las facultades espirituales del hom-

bre intervengan en mayor medida; este acto no es libre, porque ni la inteligencia ni la voluntad intervinieron en proporción suficiente, sino que está determinado por las impresiones causadas por las circunstancias externas. Pero no hay que olvidar algo muy importante en esta materia; el acto subconsciente no puede producirse, si el hombre pone deliberadamente todas sus facultades en el proceso del mismo, o sea, que voluntariamente el ser humano puede transformar en conscientes muchos de sus actos subconscientes.

Pasemos a los actos colectivos; éstos son la suma, o mejor la combinación, de los actos individuales de los miembros del grupo en acción. Por lo tanto, los actos colectivos no pueden diferir fundamentalmente de los actos individuales, porque, en esencia, son el resultado de la combinación de los primeros.

En consecuencia, para quienes niegan la voluntad libre del hombre, el acontecer histórico, que es una serie ininterrumpida de actos colectivos, tiene necesariamente que estar determinado desde el momento que en los actos individuales, que componen cada uno de estos actos colectivos, no admiten la intervención de una voluntad libre. Entre los autores que defienden una posición de esta clase, no puede haber discrepancia sobre la naturaleza de un acto o de una serie de actos, sino únicamente sobre cuáles son las circunstancias externas dominantes que determinan el acontecer histórico. Así, encontramos interpretaciones que se basan en el sino, concebido como el conjunto de antecedentes que determinan una única posibilidad realizable; por ejemplo, la interpretación histórica de Spengler, y otras que se basan en las necesidades puramente materiales del hombre, cuya satisfacción requiere del fenómeno económico, por ejemplo, la interpretación histórica marxista.

En cambio, para quienes defendemos la existencia de la libre determinación humana, cabe una variedad de posiciones en cuanto a la naturaleza del acontecer histórico, porque la existencia de tendencias que se repiten en el hecho histórico y, en general, en el hecho social, se explica por la influencia, más o menos extensa, del acto subconsciente individual que se refleja en el acto colectivo. La masificación, por ejemplo, que constituye una de las mayores lacras de nuestros días, puede considerarse en último término como el resultado de la tendencia subconsciente a la uniformidad, que emerge a la superficie, estimulada al máximo por la expansión gigantesca de la propaganda contemporánea y por la multiplicación sin precedentes de los medios de comunicación y difusión actuales.

Para quienes olviden la existencia del acto subconsciente humano, o reducen al mínimo su influencia, la causalidad desaparece en los hechos históricos; simplemente niegan la posibilidad de toda interpretación.

Los que defendiendo la voluntad libre del hombre toman en cuenta a

la vez, en el campo colectivo, la influencia de las dos clases de actos individuales, los conscientes libres y los subconscientes que no lo son, pueden adoptar posturas un tanto diferentes, que varían en razón de la mayor o menor influencia que concedan a unos y otros. Esto explica la existencia de posiciones que han sido interpretadas por no pocos, sin análisis suficientemente profundo, como posiciones eclécticas o intermedias; la verdad es que, en esta materia, no cabe el eclecticismo: o existe la voluntad libre del hombre, lo que no excluye el acto subconsciente, que no implica que tal voluntad no existe, desde luego que puede suprimirlo en la mayoría de los casos, sino únicamente que no actúa por razones circunstanciales, o se niega la existencia de la voluntad humana.

Las pretendidas posiciones intermedias son fundamentalmente librearbitristas, dígase lo que se quiera. Así, cuando don Luis Recaséns Siches afirma que el hombre es libre arbitrio sumergido en un mar de determinismo, reconoce la existencia de la voluntad libre presionada constantemente por las circunstancias y las tendencias reflejas. Y cuando Gonzague de Reynold, en su brillante obra *El mundo ruso*, escribe que cree en el libre arbitrio del individuo, pero en el determinismo de la masa, es un librearbitrista que siente el influjo que, en el acontecer histórico, tienen las tendencias subconscientes.

Toynbee aborda el problema en la parte de su magistral *Estudio de la historia*, denominada «Ley y libertad en la historia»; después de afirmar la voluntad libre del hombre, hace una minuciosa exploración de todos los hechos de conducta humana que se repiten en la vida y en la historia, para llegar a conclusiones similares a las expuestas, que se han inspirado en ellas.

La verdad es que la historia puede interpretarse, porque su devenir acusa tendencias que provocan la repetición de sus etapas y el hilo de su evolución, tendencias que tienen su origen primordialmente en el subconsciente humano; pero como la conciencia puede imponerse a la subconciencia, como la voluntad humana es más fuerte que las tendencias y los actos reflejos, la humanidad puede torcer el curso de la historia, si lo quieren eficazmente la mayoría de sus miembros.

III

EL CAMPO HISTÓRICO

El hombre es un ser social, por su propia naturaleza; vive y ha vivido siempre en sociedad; no podemos ni concebir siquiera la perpetuación de la especie humana, fuera del medio social. La historia se ocupa del hacer hu-

mano, en cuanto hacer social. Se escribe la historia de los grupos humanos como tales, no la de los individuos aislados: estudiamos el hacer social, es decir, el hacer gregario del hombre; las personalidades más vigorosas, los héroes o los genios o como quiera llamárseles, solamente interesan por la influencia que hayan podido tener sobre la suerte del grupo a que pertenecen.

De aquí la importancia que tiene, para nosotros, fijar el concepto de sociedad, porque con ello se delimita el contenido de cada unidad histórica.

Una sociedad es una colectividad, un conjunto de individuos vinculados moralmente entre sí. La sociedad no es un ente real, tangible, diferente de sus miembros; no tiene un alma y una voluntad colectivas, distintas de las de los hombres que la forman. Son éstos los que, en definitiva, piensan, sienten y quieren; solamente que actúan en forma gregaria, es decir, que sus pensamientos, sentimientos y voliciones se combinan en el hacer colectivo. Las personas que pertenecen a un mismo grupo humano, viven dentro del mismo ambiente y están en constante interrelación aunque sea mediatamente, es natural que se influyan mutuamente y que este influjo mutuo tienda a uniformar su manera de pensar, sentir y querer; como resultado de lo cual se forma un «algo en común» que pesa de manera dominante en el hacer colectivo del grupo, precisamente por tratarse de un hacer colectivo, con mucha mayor fuerza que el «algo diferente» de las diversas individualidades.

El alma colectiva es la idealización de ese algo en común antes referido; por eso, cuando decimos que una cultura histórica es la suma de las manifestaciones del alma colectiva del grupo humano que la realiza, queremos decir que tiene su origen y explicación en ese conjunto de pensamientos, sentimientos y voliciones comunes que señalan la tónica dominante en el hacer colectivo del grupo. La voluntad colectiva no es otra cosa que la combinación de las voluntades de los miembros del grupo, voluntades que, desde luego, están sometidas a las mismas influencias mutuas.

El alma colectiva da origen a la conciencia de la especie y a la alta cultura histórica. La primera es un sentimiento de los miembros de un agregado humano que los hace sentirse, en cierto modo, iguales entre sí y diferentes de los que pertenecen a otros grupos; el patriotismo y el nacionalismo son formas evolucionadas de este sentimiento primario.

Las altas culturas históricas, que Toynbee llama civilizaciones, son figuras estelares en el devenir de la humanidad. Se presentan en los grupos humanos que han superado su etapa prehistórica o primitiva. Una cultura es un conjunto armónico de manifestaciones del alma colectiva, todas las cuales obedecen a una única concepción de la vida, gestada a través del proceso de influencia mutua de todos los miembros del grupo humano en cuestión; por ello cada cultura tiene su propio estilo.

Es cierto que, tal como lo ha observado sagazmente Sorokin, dentro de una cultura dada podemos observar elementos extraños y hasta contradictorios a la tendencia dominante; pero no debemos olvidar que la cultura, como todos los fenómenos de índole social, no puede pretenderse absoluta; la armonía a que nos hemos referido es una armonía de conjunto, que admite elementos dispares, a condición de que la tónica dominante sea uniforme.

También es cierto que muchas realizaciones de una cultura continúan subsistiendo después del desaparecimiento de la cultura que las creó; precisamente este fenómeno es el que nos permite hablar de culturas filiales o derivadas; por ejemplo, la filosofía griega y el Derecho romano continúan jugando un importante papel dentro de muchas culturas contemporáneas, especialmente en la nuestra. Pero sostener por ello que las culturas son inmortales es sencillamente no comprender el concepto; la cultura es esencialmente un complejo armónico, un conjunto de manifestaciones del alma colectiva de un grupo humano, que responden en lo fundamental, aunque no en todos sus detalles, a un estilo propio; por ello, cuando desaparece como conjunto, la cultura ha muerto, aun cuando algunas de sus partes la sobreviven por largo tiempo y se prolonguen en sus filiales.

La cultura es un fenómeno esencialmente espiritual; es una actitud ante la vida; a la vez, es un producto social, porque, para que esta actitud pueda desenvolverse en una cultura histórica, es indispensable que sea una actitud generalizada dentro de un grupo humano dado.

El desarrollo propio de cada cultura atraviesa etapas que resultan paralelas a las de los seres vivos; las culturas nacen, crecen, sufren colapsos y se desintegran; pero, contrariamente a lo que ocurre con las etapas vitales y también contrariamente a lo que sostuvieron en un principio los autores que descubrieron el fenómeno, tales etapas no son irreversibles.

Toda la historia de la humanidad, en el período que yo llamo el conocido de la historia, esto es, en la etapa estrictamente histórica, excluida desde luego la prehistoria, es un constante aparecer, desarrollarse, relacionarse y desaparecer culturas. De aquí que para interpretar debidamente la historia, sea necesario tener en cuenta el fenómeno estelar de las culturas históricas. Este es el aporte, cuyo valor e importancia no podrá exagerarse nunca, de autores como Danilevski, Spengler y Toynbee.

IV

LAS FORMAS DE INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

Al analizar de cerca el devenir de la humanidad, tal como nos la muestra la exposición histórica, a fin de poder interpretarlo, dos ideas centrales nos llaman poderosamente la atención, cada una de las cuales es capaz de convertirse en la directriz de la interpretación. Son ellas: la del constante cambio que, a través de la historia, sufren las sociedades humanas; y la de la existencia de las altas culturas históricas, como sistemas armónicos de manifestaciones del alma colectiva de los pueblos que las realizan, con unidad, individualidad y vida propias. Resulta lógico, pues, que tales ideas se hayan dividido entre sí el favor de los autores contemporáneos que se dedican a la interesante tarea de interpretar la historia.

El problema mismo de la existencia de la historia universal en la forma que la hemos concebido hasta hoy, con un criterio que, si se nos permite la expresión, puede llamarse clásico, está comprometido. Aquellos que se inclinan por considerar como fenómeno histórico dominante, la constante sucesión de etapas por las cuales atraviesa el devenir de la humanidad, ante el cual hacen palidecer la pluralidad de culturas históricas, cuando no ponen en tela de juicio la propia existencia de los sistemas culturales, interpretan con criterio de unidad. Los otros, que hacen hincapié en que cada sistema cultural es independiente, como tal, de los demás, y, por lo tanto, solamente quieren ver las etapas dentro de la vida de cada cultura, interpretan con criterio de diversidad.

Si los primeros tienen razón, la historia universal puede continuar escribiéndose, aunque haya que modificar profundamente la forma en que clásicamente se la ha dividido; porque, si en algo están de acuerdo todos los autores contemporáneos, es en que la división de la historia en edades antigua, media, moderna y contemporánea o postmoderna, es totalmente anacrónica.

Si los segundos tienen razón, la historia universal habrá de desaparecer, para dejar lugar a las historias particulares de cada uno de los sistemas culturales. A lo más, podría ser la suma de todas estas historias particulares; pero, desde luego, carecería de unidad de conjunto.

No es nuestra intención recorrer toda la rica variedad de interpretaciones históricas contemporáneas, porque tal cosa podría llenar varios volúmenes.

Sin embargo, creemos de rigor hacer alusión, de manera breve, a los más destacados representantes de ambas escuelas.

Entre los que interpretan la historia con sentido de unidad, si olvidamos a Northrop, cuya obra (*El encuentro de Oriente y Occidente*) está circunscrita al momento presente, con miras de lograr una conciliación entre los mundos oriental y occidental, podemos citar a Nicolás Berdiaeff, a Erich Kahler y a Pitirim A. Sorokin.

Berdiaeff tiene el mérito indiscutible de haber señalado el carácter valioso de la cultura; afirmó que la naturaleza íntima del fenómeno cultural, más que en crear un estilo nuevo de vida, está en la creación de valores nuevos, como metas espirituales a alcanzar, y en el fuerte apego a tales valores; el abandono de estas ideas directrices, para sustituirlas por el bienestar de los hombres, como ideal hedonístico y utilitario, marca según él la decadencia de la cultura. Por otra parte, afirmó que toda cultura contiene elementos permanentes o intemporales, que subsisten después de su desaparecimiento como sistema; las culturas, dice, son en parte mortales y en parte inmortales; tal pasa con la grecorromana que se prolongó parcialmente en sus filiales, por ejemplo, en la occidental.

Kahler, en su *Historia universal del hombre*, divide la historia en seis etapas que nos conducen a una conclusión: las cuatro primeras han determinado la formación del individuo humano, desde el hombre primitivo, pasando por las etapas de las religiones particulares y de la religión universal, hasta la separación de lo espiritual y lo secular; las dos últimas determinan la formación de lo colectivo humano; iniciada por la autonomía del mundo secular que desemboca en su anarquía y ha de trascender a la solución; la conclusión ha de señalar el camino para llegar a la unidad del mundo secular, mediante el respeto al hombre por el hombre en sí mismo, que para Kahler entraña la solución final.

Sorokin es el representante típico de los autores que interpretan la historia con sentido de unidad. Niega la identidad entre los sistemas culturales y los sistemas sociales organizados; los primeros tienen, para él, su base en el orden de conocimiento a que se refieren, como las matemáticas o las diversas ramas del arte; en los segundos no encuentra una absoluta armonía cultural, a lo cual se ha hecho referencia al tratar de la cultura dentro del campo histórico. En cambio, considera que existen ciertas ideas centrales, que se repiten en todos los grupos sociales en épocas dadas, que denomina «sistemas culturales»; estas ideas, que informan como temas directores todos los sistemas culturales de la época, se refieren a «la naturaleza de la verdadera realidad esencial o del verdadero valor último», y son: 1) El sensista

que coloca la realidad última en el mundo sensible y, en consecuencia, el ideal supremo en el bienestar del hombre; tal pasa con el mundo occidental contemporáneo. 2) El ideatigo que coloca la realidad última en un Dios suprasensible y suprarracional y, en consecuencia, el ideal supremo apunta hacia los valores espirituales religiosos; tal pasó con el mundo occidental medieval. 3) El idealista que coloca la realidad última en una realidad infinita que contiene todas las diferencias y las supera y, por ello, es indefinible, inabordable e inaprehensible; esta realidad es lo único permanente y eterno, por lo que todo lo diferenciado es perecedero e imperfecto; en consecuencia, el ideal supremo consiste en escapar del mundo sensible y diferenciado y disolverse en esa realidad vaga e impersonal, que puede llamarse «tao» (con los chinos), «nirvana» (con los hindúes budistas) o «continuum estético indiferenciado» (con Northrop); tal pasa con el mundo oriental.

Entre los que interpretan la historia con sentido de diversidad, haciendo del fenómeno de las altas culturas históricas el tema esencial y dominante del devenir de la humanidad, tenemos como padres de la idea a Nicolás Y. Danilevski, a Oswald Spengler y a Arnold J. Toynbee.

Las interpretaciones históricas de Danilevski y de Spengler tienen muchos puntos de contacto; tanto que Sorokin, al comentar a ambos, en vista de que el segundo no cita al primero, concluye que es muy probable que ambos hayan llegado separadamente a conclusiones similares. Estos dos autores son los primeros en fijar el concepto de cultura histórica; sus interpretaciones son deterministas; para ellos, las culturas son un producto que surge fatalmente del sino que marca el devenir histórico, con etapas que se repiten en períodos de duración fija irreversiblemente, concluyendo por agotamiento de sus posibilidades. Danilevski las llama grupos histórico-culturales; Spengler las llama culturas, cuando están en crecimiento, y civilizaciones, cuando están en decadencia. Spengler, en su conocida obra *La decadencia de Occidente*, hace un estudio exhaustivo del tema, que contiene brillantes aciertos unidos a grandes errores. Si pasamos por alto su determinismo, contrario a la naturaleza del hecho histórico como hecho social que es, no cabe duda que sus observaciones demuestran una profunda erudición histórica interpretada con una sagacidad poco común.

Toynbee tiene el mérito excepcional de haber reconciliado la idea de las culturas históricas con la libertad humana, con la cual, conservando el descubrimiento principal de Danilevski y de Spengler, lo adapta a la verdadera naturaleza del hecho histórico, como hecho de conducta humana, lo que equivale a decir que hace posible construir una teoría conforme a la realidad, que es la única científica, alrededor del fenómeno de las altas culturas históricas,

como figuras estelares del devenir de la humanidad. La interpretación histórica de Toynbee es una obra magistral, llamada a revolucionar el estudio de la historia y, en general, de las ciencias sociales.

Toynbee se inspira en Spengler, en cuanto a la idea de las altas culturas, que él llama civilizaciones. Las concibe como «campos inteligibles de estudio histórico», dándonos con ello a entender que la historia de una nación no puede ser completamente comprendida sin relacionarla con las de aquellas otras que realizan con ella la misma cultura; por ejemplo, dice, no podemos entender bien la historia de Inglaterra, sin relacionarla con la de los restantes países de Europa occidental.

El punto central de la interpretación histórica de Toynbee es la «incitación-y-respuesta», que explica el nacimiento, el crecimiento, el colapso y la desintegración de las civilizaciones. La incitación es el reto que plantean a los grupos humanos, ya sean las condiciones del ambiente o contorno físico, o ya la acción de otros grupos o contorno humano. La respuesta es la reacción del grupo humano provocada por la incitación; de que tal respuesta sea exitosa o fracasada, depende la suerte futura de una civilización.

La primera respuesta exitosa señala el nacimiento de la civilización; esta respuesta es seguida de una nueva incitación que, a su vez, provoca una nueva respuesta; una serie de incitaciones y respuestas exitosas hace marchar hacia adelante la empresa de la civilización. Las respuestas, por regla general, son aportadas por una minoría creadora e imitadas por la mayoría carente de creatividad; el éxito de la respuesta convierte a la minoría creadora en minoría dirigente, como premio de su creatividad. El fracaso ante la incitación produce el colapso en la civilización; la incitación sin respuesta se agiganta; la minoría dirigente se convierte en minoría dominante, que procura por todos los medios a su alcance retener una posición directriz que ya no merece por haber perdido su creatividad; la incitación siempre desafiante provoca el proceso de desintegración.

A esta altura del trabajo, es indispensable decir que, con lo someramente expuesto, queda demostrado que para el ilustre historiador inglés todo el proceso de las civilizaciones se basa en la respuesta libre de los grupos humanos; desde luego, quedan excluidas las etapas de duración rígida, ya que el propio Toynbee nos dice que la serie de incitaciones y respuestas exitosas puede ser indefinida, aun cuando en la práctica, hasta este momento, siempre ha tenido lugar un colapso que ha venido a interrumpirla. Quien sostenga que la interpretación histórica de Toynbee es determinista, solamente demuestra que no ha entendido a Toynbee.

El proceso de desintegración parte del colapso. El fracaso ante la incita-

ción, como se ha dicho, convierte a la minoría creadora en minoría dominante; esto es, de una minoría directriz, elevada a esa condición por sus propios méritos, en virtud del servicio que ha prestado a la sociedad toda al crear la respuesta exitosa a la incitación que se presenta, en una minoría que retiene de hecho una dirección que no merece, por haberse mostrado incapaz de continuar creando las respuestas requeridas. Este estado de cosas provoca, a corto plazo, un cisma entre la minoría dominante y el resto de la sociedad; como resultado de este cisma surgen los proletariados interno y externo. Toynbee hace consistir la pertenencia a un proletariado en una actitud esencialmente psíquica; es la sensación de extrañamiento de la sociedad en que se vive; es el sentimiento de ser extraño en su propia casa. El proletariado interno está formado por las grandes mayorías que viven en el ámbito especial donde se desarrolla la cultura o civilización que ha sufrido el colapso, las cuales han dejado de creer en la minoría dominante, repudian su dirección y son y se sienten víctimas de ella; el proletariado externo está formado por los «bárbaros» de la periferia, es decir, por pueblos extraños a la cultura en cuestión, pero que sufren, en mayor o menor grado su influencia, que para ellos es exótica y que, por eso mismo, provoca su reacción.

Los efectos del colapso, el cisma que desgarr a la civilización que lo sufre, originan el proceso de desintegración. Este proceso se realiza a través de la lucha violenta entre los tres sectores resultantes del cisma, la minoría dominante y ambos proletariados. La minoría dominante logra estructurar un imperio universal, esto es, logra reunir por la fuerza bajo su dominio a todos los pueblos que realizan la civilización en crisis y aún se expande más allá; las civilizaciones en desintegración se tornan imperialistas. Esta solución no pasa de ser momentánea; como todas las soluciones que se fundan en la fuerza, concluye en un rotundo fracaso; detiene la desintegración por algún tiempo, al precio de aumentar los sufrimientos que trae consigo y de hacer sus resultados más completos; al final se derrumba el imperio universal y con él desaparece la minoría dominante que lo creó para que le sirviera de última trinchera y muere la civilización en crisis para dar lugar a nuevas civilizaciones, filiales de la primera.

El autor que comentamos divide las civilizaciones, en civilizaciones sin parentesco y civilizaciones con parentesco. Las primeras son los ejemplares más antiguos de la especie, que emergieron como fenómenos primarios de la cultura primitiva o prehistórica. Las segundas han nacido como filiales de civilizaciones anteriores ya desaparecidas, en el curso de la desintegración de estas últimas, mediante un proceso que llama de «paternidad-y-filiación».

El proceso parte del derrumbe del imperio universal creado por la mino-

ría dominante, durante el proceso de desintegración de la civilización paterna; este derrumbe, que tiene su razón profunda en la agudización de la crisis que sufre dicha civilización y del cisma por ella provocado, se consuma por la conquista del imperio que desaparece, por los «bárbaros» del proletariado externo. Los conquistadores asimilan la civilización de los vencidos, pero la modifican aportando sus propios elementos; además la síntesis se realiza bajo el influjo de una religión superior, nacida en la última etapa de la desintegración de la cultura paterna y aportada por miembros de cualquiera de los proletariados. La religión superior desempeña un papel de primer orden en el nacimiento de la civilización filial, cuyo contenido contribuye a modelar con máxima eficacia; como ejemplo de esta última afirmación, citaremos las palabras del propio Toynbee, referentes a las relaciones del cristianismo y la cultura occidental; al respecto, dice: «El cristianismo hizo el papel de crisálida de la cual surgió la mariposa de la civilización occidental».

Además Toynbee trae un interesante estudio de los contactos entre civilizaciones, tanto en el tiempo como en el espacio. Al abordar este último tema, reconoce que el campo de una sola civilización le resulta estrecho y que hace falta una concepción más amplia. Esta confesión del propio autor fundamenta la necesidad de buscar una interpretación ecléctica; que, sin restar importancia a las altas culturas históricas o civilizaciones, trate de enmarcarlas dentro de las etapas cronológicas del devenir humano; es decir, que sintetiza las interpretaciones con sentido de diversidad con las interpretaciones con sentido de unidad, a fin de aprovechar los aciertos de ambas escuelas y de utilizar la concepción de las últimas para construir la cúpula que corone los distintos cuerpos del edificio construidos con el criterio de las primeras.

Esta es, a nuestro juicio, la gran necesidad de nuestra disciplina, a la altura actual de su desarrollo; la verdad es que ambos criterios tienen un gran fondo de realidad, por lo que el desenvolvimiento futuro de la interpretación histórica requiere aceptar ambas ideas y situar a cada una de ellas en la posición real que le corresponde. Solamente a este precio podemos obtener de la interpretación histórica los frutos que de ella esperamos para la superación intelectual, formativa y social de la humanidad futura.

Solamente conozco una interpretación histórica hecha con este doble criterio, la del autor alemán Alfred Weber, en su obra *Historia de la cultura*, a cuya grandiosa concepción quiero rendir tributo; por desgracia, la obra es algo diminuta, por lo que deja varios vacíos que llenar. A esta necesidad responde también mi interpretación histórica personal que presentaré a grandes rasgos, al lector, en las siguientes líneas.

V

LA EVOLUCIÓN HUMANA

Es un hecho real que las sociedades humanas se encuentren sujetas, a través de la historia, a un proceso de cambio constante, el cual obedece a tendencias generales que puedan fácilmente identificarse como resultado de la observación de los hechos, costumbres e instituciones que conocemos gracias a la exposición histórica. Este proceso de cambio es la evolución humana y las tendencias a que obedece son las «leyes históricas» escritas, desde luego, entre comillas, tal como recomienda Toynbee.

También es un hecho real que la historia aparece juntamente con las altas culturas y las acompaña en todo su desenvolvimiento, y que las altas culturas nacen, crecen, sufren colapsos y se desintegran; por lo que podemos afirmar que cada cultura tiene su propio proceso evolutivo.

Pero el proceso de evolución humana no se circunscribe a cada cultura separadamente, sino que las trasciende a todas. Debido a los contactos culturales en el tiempo, podemos establecer sucesiones de culturas derivadas unas de otras, lo que nos permite afirmar que el hilo del proceso evolutivo de las culturas paternas se prolonga en las filiales.

Por otra parte, debido a los contactos culturales en el espacio, se establece una serie de intercambios entre las diversas culturas, que determinan influencias culturales mutuas. El resultado de estas influencias es vario; por regla general, las culturas más avanzadas se hacen sentir en la evolución de las más retrasadas; la forma más completa es la absorción cultural total, la mínima es la comunicación del ritmo evolutivo; la forma media es la absorción cultural parcial. Ejemplo de la primera forma es el resultado producido por la conquista europea en América; casos de la segunda son los mundos árabe e hindú contemporáneos, por lo menos hasta este preciso momento; la forma intermedia la hemos visto realizada en la transformación japonesa del siglo XIX. En consecuencia, las etapas del proceso evolutivo tienden a ser comunes para todas las culturas de una misma época, que tienen contacto entre sí; solamente quedan excluidas aquellas culturas o grupos de culturas que, por cualquier motivo, carecen de la comunicación adecuada.

Explicando un poco más los resultados que se acaban de señalar, podemos resumir sus características esenciales así: 1) Absorción total: La cultura influyente hace desaparecer a las culturas influidas, a las cuales sustituye; este resultado solamente puede producirse cuando existe un gran desequili-

brio entre la primera y las segundas, y supone además la conquista de los pueblos que realizan estas últimas por los portadores de la cultura intrusa. 2) Absorción parcial: Se origina una síntesis entre la cultura influyente y las culturas influidas; estas últimas toman de la primera todo lo que pueda compaginarse con su propia idiosincrasia, pero continúan suministrando gran parte del contenido de fondo de la cultura modificada, la mayor parte de sus tendencias fundamentales, la esencia de su *ethos*. 3) Comunicación de ritmo evolutivo: La influencia es lo suficientemente superficial como para no alterar de manera apreciable el fondo de las culturas que la sufren; éstas mantienen su identidad fundamental, pero su proceso evolutivo se torna más vivo, marcha paralelamente al de la cultura intrusa; sus resultados pueden ser provisionales, pues no sabemos si más adelante se producirá una síntesis más completa.

Con base en lo anterior, podemos decir que el proceso de evolución humana contiene, en sus grandes etapas y períodos menores, a todas las culturas históricas. Las altas culturas históricas son, en realidad, los complejos espirituales armónicos en que, a modo de figuras estelares, se concreta, de tiempo en tiempo, el proceso evolutivo humano.

El concepto de evolución nació en el siglo pasado y fue empleado por varios autores con contenido materialista y determinista. Herbert Spencer, el fundador de la escuela mecanicista, lo concibió como un único proceso que se inicia en la evolución cósmica, es decir, la de los sistemas estelares y planetarios y los cuerpos inorgánicos, pasa por la evolución de los seres vivos y concluye en la evolución social. Esta concepción presupone que unos órdenes de seres son una simple derivación de los inmediatamente anteriores, al grado de reducirlos todos a uno solo: el cósmico o material. En efecto, la vida la concibe como el resultado de las combinaciones físico-químicas de la materia, y la actividad espiritual humana como la función vital de los centros nerviosos.

La verdad es que la naturaleza íntima de los diversos órdenes de seres que pueblan el universo, es distinta, por lo que hasta la altura a que han llegado nuestros conocimientos científicos no es posible admitir que tales órdenes puedan reducirse a uno solo. La vida no es el resultado de las combinaciones físico-químicas de la materia, porque si así fuere podría producirse en los laboratorios; la actividad espiritual del hombre no es la función vital de los centros nerviosos, porque de serlo así, el hacer humano que acusa una rica y variada gama de formas culturales, no tendría porqué ser diferente del hacer animal, estático, manejado por el instinto. Además no es necesario reducir todos los órdenes de seres a uno solo, para la concepción evolutiva puede ser admitida; el paso de un orden a otro, no implica necesariamente la de-

rivación, sino que puede explicarse perfectamente por maduración; la concepción evolutiva, que ya dejó de ser una hipótesis para convertirse en una tesis que sirve de punto de partida a una fenomenología científica, ha evolucionado también; ha logrado conciliar la idea de un proceso de cambio como medio de originar los diversos órdenes de la naturaleza, con la pluralidad de naturalezas de tales órdenes y de las leyes que rigen los procesos que los afectan. Sirvan estas cortas líneas de enlace de la interpretación evolutiva de la historia que se va a desarrollar en adelante, con la tesis evolutiva en general, la cual no constituye el tema de este trabajo.

Pero, por otra parte, es cierto que existe una evolución cósmica, una evolución biológica y una evolución social, y aún más, la morfología externa de esos procesos ofrece una similitud atrayente; es esta similitud, a nuestro juicio, la que fascinó de tal modo a los autores de la teoría evolucionista, que los hizo identificar tales procesos y crearlos uno solo. La verdad es que se trata de procesos de naturaleza diferente, pero de morfología externa similar.

Hecha esta aclaración, pasemos a analizar los problemas fundamentales que nos plantea el proceso evolutivo de las sociedades humanas, como requisito previo al estudio de las etapas en que se desenvuelve.

En primer lugar, habremos de establecer si se trata de un solo proceso evolutivo humano, o de varios procesos simultáneos con características generales similares. La respuesta debemos obtenerla de la observación del devenir histórico.

Por una parte, existió un grupo de culturas primarias cuyo hilo de evolución nos permite llegar hasta las culturas contemporáneas, sin solución de continuidad aparente. La serie se inicia con las altas culturas nacidas en Egipto, Mesopotamia y el Asia occidental, es decir, en el Cercano Oriente en términos históricos (en términos geográficos la zona es un poco más pequeña); de éstas se derivan la hindú anterior, la cretense o minoica, la persa o aqueménida (que Toynbee llama siríaca) y la grecorromana (que Toynbee llama solamente helénica); la serie concluye con la islámica, la hindú posterior, la cristiano-oriental y la occidental, todas subsistentes aún. Este proceso, así identificado, constituye el proceso evolutivo central o primario de la historia.

Pero, además, extensos sectores de la humanidad han evolucionado con entera independencia del proceso que se acaba de señalar; ello ha sucedido debido a un apartamiento que ha impedido la comunicación adecuada entre los pueblos pertenecientes a estos sectores y los que realizaban el proceso evolutivo primario; tal apartamiento es generalmente geográfico, motivado por la distancia, aunque no faltan las ocasiones que nos demuestran la existencia de apartamientos psicológicos, originados de cierta incapacidad psíquica de algunos pueblos en épocas determinadas, para asimilar las influencias cultu-

rales que les resultan exóticas. Hay dos casos que tienen capital importancia histórica, que son: las altas culturas de la América precolombina, que probablemente tuvieron como antecedente las culturas melanesia y polinesia (de estas últimas parece que solamente la segunda merece el calificativo de alta cultura); y las altas culturas del Extremo Oriente, la china, la japonesa, la coreana y la indochina. De tal manera que, junto al proceso evolutivo primario, debemos admitir por lo menos la existencia de dos procesos secundarios de evolución, el americano y el del Extremo Oriente.

A la altura contemporánea de la evolución de la humanidad, los dos procesos secundarios mencionados se han fundido en el proceso primario. Esta tendencia a la fusión de los procesos de evolución humana, que hemos llamado en otras ocasiones fenómeno atractivo de la civilización, es el efecto normal de los contactos culturales antes analizados. Por regla general, los pueblos de cultura más avanzada comunican a los de cultura más retrasada su propio ritmo evolutivo; más adelante mencionaré algunos casos de aplicación de esta tendencia.

El otro problema previo que hay que resolver es el de las direcciones que el proceso puede seguir, o sea, el de las relaciones entre evolución y progreso. Desde este punto de vista pueden presentarse tres situaciones: la evolución progresiva, la evolución regresiva y el estancamiento o ausencia de evolución.

Durante el siglo pasado muchos autores se inclinaron por la llamada teoría lineal del progreso continuo. Para estos escritores la humanidad evolucionaba en un progreso constante sin soluciones de continuidad; creían en una única cultura, a cuyo crecimiento ininterrumpido habían de contribuir todos los logros de la humanidad. La crisis del presente se encargó de demostrar lo ilusorio de la primera de estas afirmaciones; el descubrimiento de las culturas históricas vino a borrar la segunda.

No es necesario presentar ejemplos de la evolución progresiva; esta es la forma más corriente, tan es así que hay la tendencia a identificar evolución y progreso. Pero sí es indispensable señalar, aunque sea someramente, algunos casos de las otras dos situaciones.

La evolución regresiva se presenta en las etapas de decadencia de los pueblos y en último período de desintegración de las culturas. Además la evolución lingüística, dentro del período francamente histórico y en cuanto al lenguaje hablado se refiere, es generalmente regresiva; las lenguas hijas surgen por pérdida de recursos sintácticos y corrupción del vocabulario de las lenguas madres; tal sucede con la serie latín clásico, bajo latín y lenguas neolatinas, con la serie griego antiguo y griego moderno, así como con el sánscrito, el pahlí y las lenguas derivadas ario-orientales.

Como ejemplo de un caso de evolución regresiva, se suele citar el de las

islas de Pascua en Polinesia. Al ser descubiertas estas islas, estaban habitadas por un pueblo bárbaro y cubiertas de ruinas que delataban un pueblo culto como su constructor; los rasgos de los indígenas que las habitaban y los que podían colegirse de las estatuas de las ruinas, eran lo suficientemente parecidos como para admitir que se trataba del mismo pueblo; por otra parte, la sola existencia de población humana del mismo tipo racial de la del resto del archipiélago, nos hace suponer que los antepasados de ese pueblo supieron navegar lo suficiente para salvar las mil millas marítimas, más o menos, que la separan de la isla más cercana; pero el indígena de la época del descubrimiento solamente se aventuraba a pescar en las aguas territoriales. La evolución regresiva es la única explicación posible.

Los períodos de estancamiento o de ausencia de evolución se han presentado también algunas veces. Al iniciarse la etapa que la historia clásica conoce como la Edad Media, la evolución cambió de sentido en Europa; pero en el Cercano Oriente, precisamente donde nacieron las más antiguas altas culturas, la evolución continuó repitiendo las formas anteriores, para desembocar finalmente en un largo estancamiento; la explicación de este fenómeno es esencialmente psicológica, las culturas orientales habían sostenido una larga lucha, por su propia identidad cultural, contra el helenismo intruso, llevado por las lanzas conquistadoras de las falanges macedonias y de las legiones romanas; esta lucha pudo ser ganada por los orientales únicamente al precio de estereotipar en tal forma sus rasgos culturales milenarios que cayeron finalmente en el estancamiento. Un proceso similar ocurrió en el Extremo Oriente, aunque allí especialmente por causas religiosas; los pueblos del Lejano Oriente, después de una corta evolución, cayeron en un largo estancamiento. Ambos estancamientos han desaparecido ya, como resultado del impacto causado en estos pueblos por la cultura occidental intrusa.

Establecida en esta forma la naturaleza íntima del proceso evolutivo humano, pasemos a analizar las etapas de su desarrollo.

VI

EL CICLO HISTÓRICO

Dentro del desarrollo del proceso evolutivo hay grandes etapas y períodos menores.

Las primeras son las grandes unidades históricas que involucran cambios fundamentales en la marcha del proceso; de una gran etapa a otra, cambia

el sentido evolutivo; entendemos por sentido evolutivo el conjunto de tendencias generales que predominan en el proceso y de valores fundamentales cuya realización le sirve de meta ideal. Los períodos menores son las divisiones lógicas en que se articula una gran etapa histórica de acuerdo con la marcha del proceso, sin que haya de un período menor a otro cambio fundamental de sentido evolutivo.

Las crisis en la historia no se presentan constantemente, sino que aparecen de tiempo en tiempo, jalando el curso de los acontecimientos. Entre crisis y crisis, el paso del proceso se torna calmo; transcurre suavemente de tal manera que los hechos se derivan unos de otros, desenvolviéndose en un acontecer lógico; no fatalmente, pero sí con un desarrollo causalizado, entendido dentro del concepto expuesto antes de causalidad histórica que descansa sobre el acto libre volitivo del hombre.

Hay crisis de grandes proporciones y crisis de proporciones menores. Las primeras afectan a todas las culturas de su época, dentro de un área histórica dada, o sea, a todas las culturas que realizan un mismo proceso evolutivo: sus consecuencias, por lo vasto de sus alcances, provocan un desquiciamiento general en toda el área de realización del proceso evolutivo en cuestión, seguido del consiguiente reagrupamiento de fuerzas; por ello, van acompañadas de un cambio de sentido evolutivo. Un ejemplo nos lo proporciona la crisis que culminó con la caída del Imperio romano y que dio lugar a que nacieran las culturas filiales de la agonizante cultura helénica o grecorromana.

La crisis de menores proporciones solamente afectan a alguna o algunas culturas aisladas, o aún a una sola sección de una cultura. Debido a que sus alcances son limitados, no bastan para cambiar el sentido del proceso evolutivo; provocan únicamente la desintegración de las culturas afectadas, o la decadencia de los pueblos que las sufren; pero, como sus consecuencias no se hacen sentir en toda su intensidad en el área total sometida a un solo proceso evolutivo, otras culturas u otros pueblos dentro de la misma cultura, toman la dirección del proceso y salvan el sentido evolutivo. Encontramos un ejemplo en las guerras del Peloponeso, que provocaron la decadencia del superdotado pueblo griego; la dirección del proceso de evolución pasó a manos de macedonios y romanos, que recogieron sucesivamente las realizaciones culturales helénicas y salvaron momentáneamente el sentido evolutivo.

Las crisis de grandes proporciones, por regla general, marcan el principio y el fin de las grandes etapas históricas; durante el lapso transcurrido entre dos crisis de grandes proporciones, se desarrolla toda la vida de las culturas peculiares de la etapa, salvo excepciones. Estas grandes etapas, cuyos lineamientos generales hemos expuesto, los llamamos ciclos históricos.

Un ciclo histórico es una unidad ideal naturalmente observada, un lapso de duración variable durante el cual el proceso evolutivo transcurre en forma equilibrada, sin que lo afecten las grandes crisis, y durante el cual también se mantiene en lo fundamental un mismo sentido evolutivo. Su nombre no tiene, como pareciera indicar a primera vista, un contenido catastrófico o fatalista, el cual no es compatible con la naturaleza del hecho histórico, como hecho de conducta humana que es. Hemos adoptado su nombre únicamente con la idea de destacar la similitud morfológica externa que existe entre el proceso mecánico de la evolución cósmica y el proceso ideal de la evolución histórica.

De acuerdo con la observación del proceso evolutivo, un ciclo histórico se divide en tres períodos menores, en los cuales se concreta la trayectoria de su desenvolvimiento.

En el primero se fijan las tendencias y el ciclo adquiere su fisonomía propia. Los principios religiosos y el sentimiento de la tradición son muy fuertes; la mayoría de las culturas históricas correspondientes al ciclo se generan en este período. Resulta un estado social caracterizado por un fuerte apego a los principios y convencionalismos que le son peculiares, por una organización social basada en círculos rígidos y difíciles de superar y por la formación de unidades políticas estables y de tendencia perdurable. A este período lo llamamos período de integración, porque en él se concreta el sentido evolutivo propio del ciclo a que pertenece.

En el segundo se desarrolla la vida plena del ciclo. Parte del estado social final del período de integración, dentro del cual aparecen las primeras negaciones que discuten los principios fundamentales que le sirvieron de soporte filosófico; estas negaciones concluyen por provocar un movimiento de gran envergadura, cuyo resultado es un nuevo estado social que, aun cuando conserva buena parte de la fisonomía externa del anterior, se ha apartado en lo fundamental de su postura ideológica y lleva en sí los gérmenes de lo que acontecerá en el período siguiente. A este período lo llamamos período de plenitud, porque en él cristaliza el estilo de vida resultante del sentido evolutivo del ciclo a que pertenece.

En el tercero se destruye la fisonomía del ciclo y surge el estado social que permite el cambio de sentido evolutivo. Aparecen corrientes ideológicas cada vez más apartadas de los principios que presidieron la formación del ciclo, las cuales son esencialmente disímiles entre sí y tienen como único fondo común la repugnancia a todo lo tradicional; estas ideologías encontradas, así como las corrientes de reacción que representan la resistencia del medio al cambio que se avecina, provocan movimientos violentos, cada vez más

frecuentes y cada vez de mayores proporciones. Resulta un estado social cuyas características son opuestas al resultante del primer período; se discuten todos los principios y todos los convencionalismos; se superan fácilmente los círculos sociales y la organización política se torna débil y de tendencia efímera; por regla general, las culturas históricas correspondientes al ciclo entran en decadencia. A este período lo llamamos período de disolución, porque a través de él se debilita el sentido evolutivo propio del ciclo a que pertenece, hasta desaparecer durante la crisis final.

El remate del proceso es la gran crisis final que, a través de acontecimientos violentos y de grandes proporciones, que se suceden unos a otros con la rapidez del relámparo, disuelve el ciclo y genera el ciclo siguiente. En el curso de la crisis hay un período hueco, ausente de evolución, cuando ha desaparecido el sentido evolutivo del ciclo que muere y no se ha concretado aún el del nuevo ciclo en vías de nacimiento; por ejemplo, después de la caída del Imperio romano y ya desaparecido el sentido en que evolucionó el mundo antiguo, transcurren varios siglos hasta que se presenta el llamado renacimiento carolingio, punto de arranque de la concretización del sentido evolutivo del ciclo siguiente.

La desintegración se opera con relativa rapidez, si comparamos el lapso necesario para que se efectúe con la duración de los períodos anteriores, pero sus consecuencias se prolongan hasta bien entrado el ciclo siguiente. La crisis pertenece por igual al ciclo que desaparece y al nuevo que se genera; no podemos colocarla de manera exclusiva en ninguno de los dos, por ser característica de los fenómenos sociales que no se produzcan con exactitud matemática, es decir, que no es posible señalar una fecha exacta para separar, con absoluta seguridad, cualesquiera dos etapas históricas.

Anteriormente hemos dicho que la evolución humana se concreta, de tiempo en tiempo, en las culturas históricas, como figuras estelares del devenir humano. Existe, pues, una estrecha relación entre el proceso evolutivo humano que es una serie de ciclos compuestos de los períodos menores antes indicados, y el desarrollo propio de las culturas históricas correspondientes; por regla general, las distintas culturas históricas corresponden a un ciclo del proceso y desaparecen con éste, cuando no se han desintegrado antes; el cambio de sentido evolutivo implica una transformación espiritual tan grande que resulta natural que las culturas anteriores desaparezcan y se formen otras nuevas; sin embargo, hay casos en la historia de culturas que han subsistido a pesar del cambio de ciclo, prolongando su vida como reliquias del pasado.

Una materia muy importante de las relaciones entre evolución y cultura, es la que se refiere a los diversos aspectos culturales que determinan distintos

subprocesos de evolución. La cultura es la suma de las manifestaciones del alma colectiva de las sociedades humanas; cada una de estas manifestaciones constituye un aspecto cultural diferente, que evoluciona con cierta independencia de los demás; es posible que algunos estén aún en crecimiento, cuando otros estén ya en franca declinación; sin embargo, entre todos ellos no puede menos de existir una fuerte influencia mutua que termina por prevalecer.

Los subprocesos de evolución a que me he referido, son los siguientes:

- 1) Evolución religiosa, que se refiere a las creencias religiosas, a las soluciones al problema del destino trascendente del hombre y a la moral en cuanto tiene contenido religioso.
- 2) Evolución del pensamiento y del sentimiento, que también puede llamarse propiamente cultural, que se refiere a los conocimientos y realizaciones filosóficos, científicos y artísticos.
- 3) Evolución lingüística, que se refiere al lenguaje hablado y escrito.
- 4) Evolución ética, que se refiere a las costumbres, a la organización social y jurídica y a las normas morales que carecen de sentido religioso.
- 5) Evolución económica, que se refiere a todo lo que se relaciona con la riqueza y el trabajo y, en general, con la satisfacción de las necesidades materiales del hombre.
- 6) Evolución política, que se refiere a la organización del Gobierno, a las relaciones internacionales y, en general, a todo lo relacionado con la vida de los Estados.

Las manifestaciones culturales a que se refieren los tres primeros subprocesos de evolución, constituyen la capa profunda de una cultura, es decir, aquellas que la especifican; en cambio, las otras tres forman la capa externa, o sea, que pueden sufrir mayores transformaciones sin que la cultura en cuestión pierda su propia identidad. De aquí que los tres primeros subprocesos marchan más lentamente, mientras que los tres últimos lo hacen con mayor rapidez. Por otra parte, la evolución del pensamiento y del sentimiento, debido a que en ella se hace sentir con más fuerza el aporte individual de algunos miembros del grupo, es la que goza de mayor independencia; suele rendir óptimos frutos, cuando los demás aspectos están ya en declinación; por ejemplo, Grecia en plena decadencia produjo los tres mayores filósofos de la humanidad, Sócrates, Platón y Aristóteles.

VII

EL PROCESO EVOLUTIVO PRIMARIO

Pasemos a hacer una más que somera y esquemática revisión de la historia, a fin de indicar los ciclos en que se han desenvuelto los procesos evolutivos humanos antes señalados, comenzando desde luego por el proceso primario.

Arranca nuestra interpretación de la aparición de las más antiguas altas culturas conocidas hasta la fecha; porque con ellas apareció la historia. Anteriormente, o sea, en la etapa prehistórica o de las culturas primitivas, apenas si se pueden señalar algunas características fundamentales, a modo de esquemas muy generales. Los pueblos primitivos fueron cazadores y pastores, de vida nómada y de régimen patriarcal; el jefe del grupo humano era sucedido por su hijo mayor; eran endogámicos, es decir, que se casaban dentro del grupo humano a que pertenecían. Sus formas sociales fueron la horda y el clan; la primera es el desenvolvimiento de la familia; el segundo es una agrupación de familias, probablemente con antepasados comunes; sus formas religiosas fueron probablemente el magismo y el totemismo, después que tales pueblos se apartaron del monoteísmo inicial; el totem, el animal sagrado, era considerado a la vez como el símbolo de la tribu y como el antepasado de sus miembros. Con la aparición de la agricultura, comienza la etapa sedentaria y se transforma la organización.

La agricultura fue inicialmente una actividad femenina; las mujeres fueron las primeras cultivadoras de la tierra en la humanidad. Con esto se elevó la consideración de que gozaban las mujeres en las sociedades primitivas, lo cual permitió la implantación del régimen matriarcal. El matriarcado no fue el gobierno de las mujeres, como su nombre pareciera indicar, sino un sistema mediante el cual la sucesión seguía la línea femenina. El jefe del grupo era sucedido por su sobrino, el mayor de los hijos de su hermana; la razón es que, en estos pueblos, se pertenecía al clan de la madre; al asentarse en un territorio, el clan evolucionó en su organización y se convirtió en la tribu; por otra parte, estos pueblos fueron exogámicos, esto es, que se casaban fuera de su clan; de aquí que el jefe no podía ser sucedido por su hijo, que no pertenecía a su clan, sino por el mayor de los hijos de su hermana, porque éstos eran los parientes más cercanos que tenía dentro de su clan. El patriarcado fue anterior al matriarcado, así como la caza y el pastoreo fueron

anteriores a la agricultura. La idea sostenida por algunos autores de que el matriarcado fue el régimen más antiguo, como resultado de una supuesta promiscuidad primitiva, es falsa; porque la existencia del matriarcado supone que la mujer goce de una consideración incompatible con la pretendida promiscuidad.

Las primeras altas culturas de que tenemos noticia surgieron en los medios sedentarios; sin embargo, las encontramos organizadas en monarquías de claro origen patriarcal; esto pareciera contradecir lo que antes hemos afirmado, pero no es así. De igual manera que la génesis de las altas culturas posteriores fue precedida por la conquista realizada por invasores bárbaros y por mezclas de razas y costumbres, es más que probable que el nacimiento de las primeras altas culturas tuvo como antecedente la conquista de los núcleos sedentarios por los nómadas, cazadores y pastores, de las estepas; es lo que los autores llaman «el asalto del desierto al sembrado»; estos conquistadores, de régimen patriarcal, hicieron prevalecer su sistema y crearon las primeras monarquías; solamente que no podemos comprobar históricamente tales hechos, cuya probabilidad nos parece fuera de duda, porque ocurrieron precisamente al borde anterior al principio de la historia.

El proceso evolutivo primario consta, hasta hoy, de dos ciclos: El primero comprende desde las más antiguas altas culturas conocidas, o sea, las culturas arcaicas del Oriente Medio, hasta la caída del Imperio romano; y el segundo, desde el asentamiento de los bárbaros germanos en el territorio del extinto Imperio romano, hasta nuestros días.

El primer ciclo del proceso primario representa el esfuerzo de la humanidad por superar las condiciones primitivas de vida. Sus períodos menores son:

1) Período de integración representado por las antiguas altas culturas del Oriente Medio, hasta el Imperio persa o aqueménida inclusive. Las culturas originales o culturas sin parentesco como las llama Toynbee, parecen ser la egipcia y la mesopotamia; entre la serie de culturas mesopotamias, específicamente la sumeroacadia, ya que las restantes manifestaciones culturales de Mesopotamia, la amorrea o babilonia, la asiria y la caldea, son solamente derivaciones de la sumeroacadia; la cultura hitita es filial indiscutible de la mesopotamia; la hindú, anterior, parece tener su origen a partir de la colonización asiria o tal vez babilonia; la cultura egea o minoica, que se desarrolló en la isla de Creta y que sirvió de cabeza de puente para llevar la cultura a Europa, surgió bajo las influencias combinadas de las culturas del Egipto y del Asia occidental; finalmente, la cultura que Toynbee llama siríaca, con

sus variedades antiguas hebrea y medopersa, es una filial de la mesopotamia nacida bajo el influjo de los invasores piratas, los «pueblos del mar», procedentes del derrumbe de la cultura minoica ante el asalto de los bárbaros helénicos; no hemos hecho referencia a la cultura fenicia porque no la consideramos como un ejemplar independiente, sino como una simple variedad de la mesopotamia, desarrollada fuera del ámbito geográfico de esta última. El proceso propio del período de integración se puede resumir así: Tras una etapa inicial de ciudades-estados, en las que lo político, lo social y lo religioso se amalgaman, y a través de la lucha entre grupos y de la conquista consiguiente, surge el imperio de tendencia universalista, que es el ideal dominante del período de integración; es una forma autocrática caracterizada por la divinización del autócrata y la tendencia al dominio universal en provecho de un solo pueblo por imperativo religioso; la sociedad se funda en la desigualdad: en la cúspide está el rey-dios, luego viene el pueblo imperial y, finalmente, en la base, los pueblos subyugados. El primer esfuerzo es, pues, profundamente exclusivo y tiende a la uniformación; es, en suma, el egoísmo del grupo convertido en sistema con la justificación religiosa.

Las religiones de este período son politeístas; su panteón está formado por el conjunto de dioses tutelares de las diversas ciudades-estado fundidas en el Imperio; sobre ellos reina con primacía indiscutible el dios de la ciudad capital, que proporcionó el núcleo dominante. El contenido trascendente de estas religiones o falta en absoluto o tiene tan poca importancia que no merece ser tomado en cuenta. Las religiones de este período se subordinan al poder político y le sirven de soporte filosófico. En suma, son desiguales los dioses, los pueblos y los hombres; es la expresión del egoísmo del grupo, nacido de la conquista que fundó los Imperios universalistas. La religión de los hebreos constituye la excepción; fue monoteísta y de gran contenido trascendente; es que esta religión fue el resultado de la Revelación Divina; por ello se aparta totalmente de la evolución religiosa del antiguo Oriente. Hay otras dos religiones orientales de la antigüedad que los autores consideran como religiones superiores: el zoroastismo y el budismo; la primera fue probablemente el resultado de la influencia religiosa de la más antigua «diáspora» hebrea sobre los medopersas; en cuanto a la segunda, más que una religión fue una especulación filosófica-religiosa, fue el producto del pesimismo decadente de la etapa final de la evolución de la cultura hindú anterior.

También en lo político encontramos algunas excepciones al imperialismo universalista y autocrático; podemos citar la efímera etapa del feudalismo egipcio, ahogado por la invasión de los hicsos, y las aristocracias mercantiles de los fenicios.

II) Período de plenitud representado por la Hélade, el Imperio macedonio y sus estados sucesores y la Roma republicana hasta la marcha de Sila sobre Roma. La cultura nacida en el Cercano Oriente llegó a Europa a través del canal minoico; los griegos o helenos destruyeron el mundo minoico pero sorbieron su cultura. La cultura helénica, a la que también puede llamarse grecorromana debido a su extensión posterior, fue una filial de la minoica; fue la creación del genio griego que, partiendo de los elementos adquiridos de los vencidos minoicos creó la cultura quizá más sorprendente de toda la historia mediante la sublimación de los valores humanos. La cultura helénica superó el servilismo interno, vicio dominante en los Imperios orientales del período de integración; su ideal fue la libertad ciudadana, primera realización del genio occidental; su creación política fue la ciudad-Estado, la *polis*, en cuyo seno florecieron dos nuevas formas de gobierno: la aristocracia y la democracia, si bien esta última de alcances limitados; sin embargo, es forzoso reconocer que no pudo superar el egoísmo del grupo en sus relaciones externas. Al sonar la hora fatal de los helenos, como resultado de las guerras fratricidas del Peloponeso, los macedonios, un pueblo bárbaro hermano de los helenos, conquistó primero la Hélade y luego Asia, provocando así un formidable encuentro cultural; pero se dejó absorber por la cultura arcaica del Oriente; sus Estados sucesores fueron orientales en el fondo recubiertos de un fino barniz de helenismo. Roma salvó momentáneamente las relaciones de la cultura helénica; después de su triunfo sobre Cartago recogió la idea del Imperio universalista para transformarla; sustituyó al autócrata por el pueblo romano, el pueblo-rey, con lo cual, por lo menos por un corto tiempo, creó el Imperio universal en función y provecho de la libertad ciudadana. Pero Roma quebró al no poder dar a su Imperio la organización que el coloso reclamaba; surgen los capitanes-políticos que aprovecharon para sus fines de ambición personal la aguda lucha social que conmovía a la Ciudad Eterna; con el militarismo personalista de los capitanes-políticos quebró el patriotismo romano y se inició la decadencia de un pueblo hasta entonces admirable por sus virtudes cívicas. La marcha de Sila sobre Roma señaló la culminación del proceso decadente.

La cultura helénica o grecorromana partió de una etapa inicial paralela a la del Oriente, pero su evolución posterior fue distinta. Comenzó durante su etapa heroica, por la existencia de ciudades-Estados regidas por Monarquías, bastante parecidas a las que conoció el Oriente, en su período más antiguo; al igual que sus colegas orientales, los dinastas helenos se pretendían descendientes de los dioses, pero en vez de fundirse en un Imperio de tendencia universalista, las ciudades-Estados se mantuvieron independientes, y, en vez

de evolucionar hacia la autocracia de tipo oriental lo hicieron hacia formas plurales de gobierno, la aristocracia y la democracia.

La cultura helénica descubrió al hombre y sublimó sus valores; fue una cultura antropocéntrica, lo que la hizo fundamentalmente distinta de las culturas orientales; esto le permitió superar, de manera general, el servilismo interno y la salvó de caer en la autocracia, vicio dominante y ancestral del Oriente. Su religión fue politeísta, como las orientales, pero con un matiz diferente bien marcado; los helenos humanizaron a sus dioses y, a través de su rica mitología, fueron capaces de producir un desarrollo poético y artístico sin precedentes. El carácter profundamente humanista de su cultura fue un factor decisivo del florecimiento del intelecto entre ellos; su filosofía, aún hoy, es digna de admiración; además, los genios del helenismo sentaron las bases de la ciencia futura.

Los macedonios, en cambio, aunque racialmente emparentados con los helenos, entraron en contacto con esa cultura en una etapa en que la Grecia clásica había comenzado a decaer. Por ello, solamente asimilaron la parte externa de la civilización helénica y conservaron su alma bárbara, es decir, virgen, abierta a las influencias extrañas; ello facilitó la absorción cultural del conquistador macedonio por el Oriente militarmente vencido.

Roma, en cambio, sorbió la cultura helénica completa, externa e interna, de cuerpo y espíritu. Dos focos culturales irradiaron su influencia sobre los bárbaros latinos, desde una época anterior a la fundación de Roma. La Magna Grecia, o sea las colonias helénicas del Sur de Italia, las cuales tenían el mismo nivel cultural que la madre patria, y la Etruria. Los etruscos fueron un pueblo cuyos orígenes están todavía en el misterio; hay autores que los consideran como el resultado de una emigración marítima procedente del Asia Menor; pero, cualesquiera que hayan sido sus orígenes, es un hecho que, a través de sus relaciones comerciales, de sus rivalidades y de sus guerras frecuentes, con los helenos de la Magna Grecia, se fueron helenizando profundamente; cuando Roma fue fundada, el proceso de asimilación cultural hacía tiempo que se había completado. Estas circunstancias capacitaron a los romanos para ser, en el mundo mediterráneo de aquel tiempo, los continuadores de la cultura helénica y del sentido evolutivo del período.

Roma no fue inicialmente imperialista; sus primeras guerras fueron defensivas; conquistó uno a uno, a sus vecinos italianos, como una necesidad impuesta por las circunstancias, para asegurar la tranquilidad propia. Las guerras púnicas tuvieron, para ella, el carácter de una lucha por su propia existencia, amenazada por la potencia cartaginesa, mercantilista e imperialista. Tal como la reconoce Gonzagué de Reynold, la idea del Imperio probable-

mente comenzó a aparecer en las mentes de los políticos romanos, poco antes de comenzar las guerras púnicas, para convertirse en norte de su política, cuando su triunfo sobre las tropas de Aníbal, convirtió a Roma en la potencia dominante sin discusión en el mundo mediterráneo. Su creación imperial surgió impregnada de helenismo; pero quebró en breve, bajo el influjo del Oriente.

III) Período de disolución representado por el Imperio que constituyó la decadencia romana, y como Roma había extendido su dominio por todo el área donde se realizaba, en aquel momento, el proceso evolutivo primario, arrastró en su declinación a todos los pueblos y culturas respectivos. Los capitanes-políticos se turnaron en el ejercicio de la Dictadura, con lo cual quedó ahogada definitivamente la libertad ciudadana; fue la etapa de Cesarismo, conservando al principio la apariencia de las instituciones republicanas, para terminar por suprimirlas abiertamente; con Diocleciano, el Imperio fue una autocracia oriental; el contacto con el Oriente descompuso a Roma. Desde un principio, el poder en el Imperio quedó en manos de la soldadesca; las legiones ponían y quitaban Emperadores a su capricho; poco a poco la población del Imperio se fue apartando del servicio militar y los déspotas usaron, para su mayor seguridad, ejércitos de bárbaros mercenarios; de esta manera, los bárbaros, que ingresaron en el Imperio primeramente como esclavos, que luego acapararon los triunfos en la arena del anfiteatro y del circo, concluyeron por ser los dueños de hecho de la situación. La crisis final la constituyeron las invasiones de los bárbaros, que dieron el golpe de gracia a un Imperio enfermo de militarismo y cuyo pueblo constructor se había suicidado por medio de la Dictadura.

El proceso de decadencia romana es de sumo interés, porque, no solamente nos muestra la disolución de un Imperio, sino que es, al mismo tiempo, la desintegración de una cultura y la etapa final de un ciclo histórico y de su peculiar sentido evolutivo. Las causas profundas de la crisis se remontan a la época de creación de su imperio mediterráneo. La exacerbada lucha social, entre el patriciado y la plebe, dio lugar a que los capitanes-políticos la aprovecharan para fines de ambición personal; poco a poco, se fue convirtiendo de una lucha de contenido social en una pugna de formas de gobierno, para concluir en una simple lid de caudillos. En efecto, Mario y Sila discutieron aún la preponderancia de la plebe o del patriciado, del común de los ciudadanos o de la aristocracia; Pompeyo y César, sin abandonar del todo las anteriores banderas, encarnaron la pugna entre la República próxima a morir y la dictadura que finalmente se legalizó en el Imperio; Antonio y Octavio ya no

discutieron principios, sino solamente cuál de ellos habría de sentarse en el trono vacío de César. La conquista romana de los reinos helenísticos, sucesores orientales del imperio de Alejandro Magno, puso en contacto a los conquistadores con un Oriente en plena descomposición; aprendieron sus vicios y los llevaron a Roma; así quebró la moral romana, su organización familiar y sus virtudes cívicas. La religión romana misma entró en crisis; por motivos políticos, Roma fue aceptando uno a uno los dioses de los pueblos conquistados; su Panteón se convirtió en un conjunto abigarrado, donde se dieron cita los dioses más exóticos y los ritos más extraños; es natural que, por este camino, el romano concluyó por no creer en nada y, lo que es peor, por llevar dentro de sí la interrogante sin respuesta que su falta de religión le planteaba. El resto de la evolución es bien conocido; lo hemos perfilado, más que esquemáticamente, en el párrafo anterior. Cuando los bárbaros llegaron, no hicieron otra cosa que recoger los despojos de un Imperio y una cultura, que tenía siglos de sufrir una lenta pero incesante agonía.

Durante este período apareció el cristianismo, que constituye la más reciente revelación divina y, por eso mismo, su culminación. Roma, que había sido tan amplia con todas las religiones con que tropezaba, persiguió al cristianismo; no obstante su proceder es explicable, porque el cristianismo, con su doctrina de amor a todo el género humano, planteaba la injusticia sobre la cual descansaba el Imperio y la sociedad romana. La aparición del cristianismo constituye un hecho de importancia capital en la evolución histórica de la humanidad; podrá aceptarse o rechazarse, defenderse o combatirse, pero no ignorarse, porque, con su aparición, la evolución humana cambió de sentido y comenzó a prepararse el ciclo siguiente.

El segundo ciclo del proceso evolutivo primario representa un esfuerzo por superar el exclusivismo del período anterior y crear un sistema compatible con la pluralidad histórica de los agregados sociales. Sus períodos menores son:

1) Período de integración, representado por la alta Edad Media occidental, hasta la caída de los Staufén y el final de las Cruzadas. Durante esta etapa, se realizó la transformación de la cultura grecorromana por la fusión con los bárbaros germanos, que hicieron el papel de fermento renovador, bajo la influencia decisiva del cristianismo; el cristianismo hizo estallar las caducas estructuras del Imperio romano, para luego desempeñar, como dice Toynbee, el papel de crisálida, de la cual surgió la mariposa de la civilización occidental. Con la cultura occidental, la evolución cambia de sentido en Occidente, sus ideales son: el universalismo religioso, nacido del ideal cristiano, y el

pluralismo político, originado en el particularismo germano, que se desarrolló en el nacionalismo, sentimiento peculiar de todos los occidentales; el ideal nacionalista o particularista político es la antítesis de la tendencia imperial universalista, que con interrupciones, fue la dominante a través de todo el ciclo anterior. En los campos político y económico, las creaciones de este período son el feudalismo occidental, el gremio y la República comunal; en el campo de la evolución del pensamiento y del sentimiento, sus creaciones más importantes, que arrancan del llamado renacimiento carolingio como punto de partida, son la filosofía escolástica, la romántica caballeresca y el arte gótico. Al mismo tiempo, la evolución se diversifica en el Oriente; allá no cambia de sentido, sino que repite las formas culturales del primer ciclo, desde luego con realizaciones más evolucionadas y algunas de ellas brillantes, como la cultura bizantina y, sobre todo, la islámica; la cultura bizantina es la forma evolucionada de la helenística oriental, es decir, de la etapa final de la cultura helénica; la cultura islámica es de la misma naturaleza de las culturas orientales antiguas, tanto que Toynbee la considera, en sus inicios, como una mera prolongación de la siríaca, a que antes hemos hecho referencia. Esta diversificación evolutiva, que hemos llamado la variante oriental de la evolución, concluyó en el estancamiento: las invasiones de los tártaros y de los turcos quebraron la fuerza evolutiva de las culturas orientales y fijaron un Estado social que se mantuvo invariable hasta nuestros días, en que el estancamiento ha sido sacudido por la influencia de la cultura occidental intrusa; el Imperio otomano, en el Cercano Oriente, y el del gran mongol, en la India, representan el estancamiento. No obstante, antes de desaparecer, la cultura bizantina se proyectó hacia el norte y, en combinación con la expansión belicista de los tártaros, originó la cultura rusa.

Este período de la evolución histórica de la humanidad es particularmente interesante, porque nos ofrece, en una época francamente histórica y dentro de nuestra propia cultura, circunstancia esta última que lo hace fácilmente comprensible para nosotros, el espectáculo del cambio de sentido evolutivo y de la creación de una cultura nueva a partir de los elementos restantes de la anterior desaparecida. Por eso, este período es un auténtico período de transición entre la antigüedad que moría y la modernidad que nacía; en este sentido, y solamente en éste, tiene validez el nombre de Edad Media con que generalmente se conoce el período que nos ocupa.

Will Durant llama a este período la «Edad de la Fe», porque en su desarrollo coexisten tres culturas, cada una de las cuales tiene como temática directriz una religión; es la etapa en que la evolución humana apunta hacia los valores espirituales de contenido religioso, que nosotros la consideramos

como característica común a todos los períodos de integración. Estas culturas son: la cristiandad occidental, el mundo islámico y la cultura judía. Nosotros agregaremos: que la primera fue la representante del cambio de sentido evolutivo, que finalmente se concretó en la cultura occidental, rectora del presente ciclo; que la segunda representa la variante oriental, forma más evolucionada de los fenómenos culturales del ciclo anterior, aferrada al mismo sentido evolutivo, y que la tercera está constituida por la «diáspora», o sea, por las comunidades judías dispersas por el mundo mediterráneo, desde que la vieja comunidad hebraica se dispersara bajo los golpes recibidos de las legiones romanas de Tito.

II) Período de plenitud representado por la baja Edad Media occidental y la Edad Moderna. Durante esta etapa quiebran los valores ideales del período anterior; la quiebra se produce en dos sentidos: por una parte, la exacerbación del nacionalismo condujo a la lucha por la hegemonía europea primero y mundial finalmente, al querer colocar la propia nacionalidad por encima de los demás; por la otra, la sustitución del ideal religioso y su universalismo por los resucitados ideales humanistas de la cultura grecorromana. El proceso fue lento, como toda transformación evolutiva; durante la llamada baja Edad Media, el proceso se insinúa y aparecen los primeros fenómenos de esta clase, si bien aisladamente y de alcances limitados; durante la llamada Edad Moderna, el proceso cobra vigor, se generaliza y tiene facetas en todos los órdenes: en la evolución del pensamiento y del sentimiento, el Renacimiento; en el orden religioso, la Reforma; en el político, el absolutismo, y en el económico, el mercantilismo, que engendró el imperialismo colonialista; el imperialismo colonialista es psíquicamente distinto del imperialismo universalista de que antes se ha hecho mención; este último es esencialmente político y descansa sobre la justificación religiosa; en cambio, el primero es netamente económico y pretende asegurar la preponderancia comercial; si recurre a la subyugación política de las naciones, lo hace como un expediente eficaz para apoderarse de las fuentes de materias primas y dominar los mercados para sus productos industriales; todos los imperialismos occidentales, comenzando por el español y el portugués de los días del descubrimiento y conquista de América, hasta llegar a los imperialismos de nuestros días, son de tipo colonialista. En el campo ideológico, el proceso antes descrito continuó con el movimiento intelectual conocido con el nombre de la Ilustración, que, por una parte, nos condujo al laicismo, y por la otra, al poner de manifiesto la tremenda injusticia que el absolutismo entrañaba, suministró el fermento ideológico que sirvió de base a la Revolución francesa y dio ocasión para el resurgimiento de la democracia.

El proceso se originó en las ciudades-Estados de la Italia central y septentrional del medioevo, erigidas en Repúblicas comunales virtualmente independientes a la caída de los Staufén. De ellas, el proceso fue extendiéndose a todo el resto del Occidente, primero mediante fenómenos esporádicos aparecidos aisladamente, y luego, mediante su generalización al iniciarse la llamada Edad Moderna. El Renacimiento, en su esencia, no es otra cosa que la asimilación de los ideales culturales del helenismo, por los occidentales de ese tiempo, quienes produjeron, rebasándolos, su propia versión; este fenómeno, surgido en Italia y proyectado después a todo el Occidente, no habría sido posible sin la antecedente evolución medieval en los órdenes del pensamiento y del sentimiento, que capacitó a los hombres cultos de la época para comprender, imitar e interpretar la cultura grecorromana, que había estado siempre presente en la evolución occidental. Como resultado de este movimiento, la cultura se separó del común de los hombres y se independizó de la influencia religiosa, que había sido determinante en el período de integración; esto creó una mentalidad que permitió los cambios en los otros órdenes.

En lo religioso, la Reforma quebró la unidad de la cristiandad occidental e inició las iglesias nacionales protestantes; con ello, la secularización de la cultura y la hipertrofia del nacionalismo recibieron el más eficaz de los impulsos. El proceso se inicia por hechos aislados en la baja Edad Media occidental, y se torna vigoroso en la Edad Moderna. El gran cisma de Occidente y las rebeliones de John Wicleff, en Inglaterra, y de los hussitas en Bohemia, fueron sus primeras manifestaciones.

Las transformaciones en lo económico y en lo político también se originaron en Italia. En las Repúblicas comunales, con el florecimiento de su comercio a raíz de las Cruzadas, se originó el mercantilismo; los primeros imperios coloniales europeos, por motivos económicos, fueron el genovés y el veneciano, de los días del medioevo. Finalmente, el fenómeno absolutista surgió de la decadencia de las Repúblicas comunales italianas; al sonar para ellas la hora fatal de su declinación, los jefes de sus milicias mercenarias, los condottieri, se apoderaron por la fuerza del poder absoluto y convirtieron la República en principado. El fenómeno pasó de Italia a Inglaterra, donde los Reyes de los días de la Reforma anglicana asumieron una actitud autoritaria, que después se generalizó por toda Europa; en Inglaterra la evolución política se anticipó tanto a la del continente, que le permitió servir de modelo a lo que sería en el período siguiente; el absolutismo de los Tudor y de los primeros Estuardo provocó la reacción democrática del pueblo inglés y dio ocasión a que se sentaran las bases del parlamentarismo; en los días en que el resto de Europa vivía el absolutismo de Luis XIV y sus sucesores y de los «des-

potas ilustrados», Inglaterra había evolucionado decididamente hacia la democracia.

Realmente, Toynbee tiene razón cuando propone que a la llamada Edad Moderna se le designe con el nombre de «período italianista de la civilización occidental».

III) Período de disolución iniciado con la Revolución francesa y cuyas convulsiones finales las estamos viviendo aún. La justa reacción del pueblo francés contra los abusos del absolutismo dio al traste con el antiguo régimen; fue continuada con la etapa cesarista de Napoleón Bonaparte; al igual que en el primer ciclo, el cesarismo aparece al iniciarse el período de disolución, como si este fenómeno quisiera anunciarnos que el sentido evolutivo se ha vuelto ya caduco y que, por eso mismo, se aproxima un cambio fundamental. Finalmente, el movimiento que tuvo su punto de partida en la Revolución francesa, se concretó en un régimen cuya ideología es el liberalismo, que se extendió por todo el mundo occidental. El liberalismo ha sido, en lo político, democrático, por lo menos en teoría en todas partes y en la práctica en la mayor parte de los países desarrollados; en lo social, igualitario legalmente, pero no prácticamente; en lo religioso, laicista y en lo económico, defensor del abstencionismo de Estado. La postura económica del liberalismo, en combinación con la llamada revolución industrial del siglo recién pasado y la primera parte del presente, creó el proletariado paupérrimo de nuestros días, base del llamado problema social, máxima incitación del mundo contemporáneo. En la génesis del problema social, el régimen económico liberal desempeñó el papel de condición previa para su existencia y de causa profunda sin la cual no se habría producido, y la revolución industrial, el de causa próxima, que aceleró su aparición, al dar ocasión a que la concurrencia económica sin freno, que los postulados económicos del liberalismo propiciaban, se desarrollara en todo su rigor. El problema social nos ha conducido a una crisis mundial que parece ser la final del segundo ciclo; sin que por ello le neguemos al régimen económico liberal el mérito de haber producido un progreso material sin precedentes; este progreso constituye un logro positivo, pero desgraciadamente el precio que, en términos de injusticia y malestar social ha tenido que pagar la humanidad por haberlo alcanzado, supera sus beneficios, aun cuando solamente fuera porque amenaza con sumirnos en el caos y con dar al traste con nuestra civilización. Antes de examinar la crisis del presente, es necesario hacer una breve relación de los otros procesos evolutivos.

VIII

LOS PROCESOS EVOLUTIVOS SECUNDARIOS

Fuera del proceso evolutivo primario han quedado extensas regiones del mundo: América, el Extremo Oriente, Africa Central y Meridional y Oceanía, apartadas de éste, por lo menos, durante la mayor parte de la historia. Dos de estas regiones, América y el Extremo Oriente, ofrecen procesos evolutivos secundarios bien caracterizados, cuyo análisis haremos brevemente a continuación.

El proceso evolutivo americano consta de dos ciclos. El primero corresponde a la etapa precolombina de la historia de nuestro continente, que concluyó con el descubrimiento y la conquista. El segundo es el proceso de adaptación de la cultura europea a nuestras tierras, que paulatinamente ha incorporado a nuestros pueblos al proceso evolutivo primario, o sea, que ha efectuado la fusión de ambos procesos.

Las culturas correspondientes al primer ciclo americano se desarrollaron principalmente en dos zonas: la zona culta del norte, que comprende la meseta del Anáhuac, la península de Yucatán, el istmo de Tehuantepec, Guatemala, El Salvador citralempino y parte de Honduras, y la zona culta del sur, cuyo centro es el Perú, pero que se extiende además por Ecuador, Bolivia, parte de Colombia y el norte de Chile. Fuera de estos dos grandes centros de cultura podemos encontrar una que otra civilización aislada, de mínima influencia en el desarrollo global; son las que los autores indigenistas llaman culturas periféricas, tales como la conocida cultura chibcha. Los períodos menores del primer ciclo americano son:

1) Período de integración representado por las culturas arcaicas, o sea, por el proceso de creación de los complejos culturales netamente americanos. De acuerdo con la autorizada opinión del historiador indigenista Salvador Canals Frau, en su obra *Prehistoria de América*, la población precolombina americana se originó mediante cuatro corrientes de inmigración: a) La de los dolicoideos primitivos de cultura inferior, procedentes del norte de Asia y llegados por vía terrestre a través del estrecho helado de Behring. b) La de los canoeros mesolíticos, todavía dolicoideos y de cultura inferior, procedentes también del norte de Asia y llegados por vía marítima, en canoas pesqueras, costeano las Aleutianas. c) La de los mongoloides en la costa del Pacífico que

fueron los portadores del tipo mongoloide de las razas indígenas de América. d) La de los polinesios cultos, llegados por igual vía que la anterior y que, por ser portadores de los elementos de alta cultura, fijaron los atributos de las culturas precolombinas. A partir de los elementos de cultura traídos por los polinesios, se desarrolló el proceso que concretó los primeros complejos culturales propiamente americanos; comienza con las culturas preclásicas o formativas, todavía cuasiimportadas; continúa con las culturas medias y desemboca en las primeras culturas clásicas. Todo el proceso es una lucha entre la tendencia imperial universalista, que denuncia su origen asiático por coincidir con el ideal del período de integración del primer ciclo del proceso primario, y el particularismo tribal, nacido durante el largo peregrinaje de las tribus desde su lejano hogar originario. En la zona culta del norte, tenemos, entre otras, las culturas otomí, teotihuacana y olmeca, que representan focos aislados de cultura; y las culturas maya y tolteca, con tendencia imperial. En la zona culta del sur, las culturas pretiahuanaguenses, aisladas; el imperio de Tiahuanaco, que pudo ser el primer ensayo imperial, si es que tuvo alguna vez la realidad que suponen los arqueólogos, y un renacimiento tribal con los chimús y los aimaraes.

El origen asiático remoto de las culturas americanas precolombinas está, a nuestro juicio, fuera de duda. Los primeros complejos culturales americanos partieron de los elementos traídos por los inmigrantes polinesios; la cultura polinesia, de efímera vida, se originó bajo el influjo de los complejos culturales indochinos, resultados del encuentro de la cultura china antigua con la hindú anterior, de la que ya hemos hablado; esta cultura polinesia tuvo efímera vida, pero, no obstante, pudo emigrar a América, a través de los viajes realizados por algunos canoeros por el Océano Pacífico; una vez acá, sirvió de punto de partida de toda la evolución cultural de América Precolombina.

En la zona culta del norte, la cultura maya fue la dominante en el primer período y la que sirvió de cultura paterna a las posteriores de la zona. El llamado primer Imperio maya, probablemente no tuvo realidad como un Estado único, pero probablemente también acusó tendencias a la unidad, a través de la preponderancia cultural y religiosa de varios centros sucesivos. La invasión de los toltecas, procedentes del norte, puso fin al primer Imperio maya; los toltecas fueron la primera ola de los bárbaros nahuatlacas, que se anticipó a sus hermanos; fueron totalmente absorbidos por la cultura maya, por lo que el Imperio tolteca, que sí tuvo realidad política como Estado único, vino a ser la culminación de las tendencias culturales acusadas por los mayas.

En la zona culta del sur, probablemente debido a la gran extensión geo-

gráfica que favorecía el aislamiento tribal, la tendencia imperial tardó más tiempo en aparecer. Si el Imperio Tiahuanaco no tuvo la realidad que suponen los arqueólogos, habría que esperar hasta el período siguiente para ver aparecer e imponerse esta tendencia.

2) Período de plenitud representado por las últimas culturas clásicas. En el norte, la invasión nahuatleca lo fraccionó en muchos Estados de tendencia tribal; en el Anáhuac, se suceden las soldanías de los chichimeca y los tecponeca y la triple Monarquía de los azteca, junto al reino de Michihuacán y la República de Tlaxcalla; más al sur, dentro de la misma zona, los cacicazgos maya-quichés, el segundo Imperio maya y el cacicazgo pipil. Este fraccionamiento y la subsistencia simultánea de los diversos cacicazgos consagra el triunfo del particularismo tribal en la zona culta del norte; con la única excepción del segundo Imperio maya, ningún otro Estado indígena de este período ofrece los caracteres de una tendencia universalista bien diferenciada; algunos autores han interpretado la expansión de los aztecas como una reaparición de la tendencia imperial universalista; personalmente nos inclinamos por la negativa, ya que lo que conocemos como imperio de los aztecas fue el resultado del compromiso entre tres pueblos, que se repartían el poder en la meseta del Anáhuac, siendo los azteca únicamente los más poderosos; en consecuencia, esta triple Monarquía, o sinarquía para usar el término de ciencia política, integrada por el Emperador aztecatl de Méjico, el Rey chichimecatl de Texcoco y el Príncipe acolhuatl de Tlacopán, constituye una postura irreconciliable con la tendencia de la dominación de un solo pueblo por imperativo religioso. En cambio, en la zona culta del sur surgen los quechúas, cuya civilización es probablemente una filial de la aimarae; los quechúas crearon el Imperio universalista de los Incas, llamado así por el título que daban a sus soberanos, el cual fue la máxima realización cultural de la América indígena.

Las culturas indígenas de este período constituyen las formas avanzadas a que había llegado la evolución americana precolombina, en la época del descubrimiento; podemos señalar, sin temor a equivocarnos, los jalones del proceso cultural en ambas zonas. En la zona culta del norte, la cultura maya, sucesora de las culturas primitivas aisladas que antes se han señalado, fue la cultura paterna; la cultura mejicana, en sus diversas variantes, fue una filial de la maya, nacida como resultado de las invasiones nahuatlecas; los bárbaros nahuatlecas desempeñaron, en el proceso de nacimiento de la cultura mejicana un papel paralelo al de los bárbaros germanos en la creación de la cultura occidental; los cacicazgos centroamericanos resultaron también de la extensión hacia el sur, del mismo proceso. En la zona culta del sur, el proceso partió probablemente de la cultura Tiahuanaco, primera alta cultura de la zona; las

culturas chimú y aimarae fueron sus filiales; la última desempeñó el papel de cultura paterna, de la quechúa, que nos ofrece una sorprendente civilización, llamada por un conocido indigenista extranjero «el Imperio socialista de los Incas».

Varios autores han sostenido que las culturas indígenas de la América Precolombina estaban en decadencia poco antes de la llegada de los europeos; estamos de acuerdo con esta afirmación; ello significa que el período de disolución del primer ciclo americano, a través del cual se habrían originado nuevas manifestaciones culturales, al aparecer un nuevo ciclo que con seguridad lo habría sucedido, estaba próximo a empezar. Todas estas posibilidades quedaron cerradas, al producirse la conquista occidental.

3) No tuvo período de disolución propiamente tal, aunque la mayoría de las culturas indígenas comenzaban a dar señales de decadencia, porque la entrada en escena de la cultura occidental intrusa cambió las cosas de un golpe. El ciclo se desintegró en un ultrarrápido período crítico, representado por el descubrimiento y la conquista.

El segundo ciclo americano es, como ya se ha dicho, el proceso de adaptación de la cultura occidental conquistadora a las tierras de nuestro continente. En Hispanoamérica, este proceso tiene varios aspectos; la adaptación del colono europeo y de sus descendientes, los criollos, al medio americano; el mestizaje que ha producido la inmensa mayoría de nuestra población; ambos procesos se pueden considerar como virtualmente cumplidos; y la absorción cultural de las comunidades indígenas por la cultura occidental circundante, que, en muchos lugares de Hispanoamérica, se va realizando con una lentitud desesperante. En Norteamérica, solamente el primer proceso se ha verificado; los otros dos han sido sustituidos por la destrucción despiadada del indio, por el conquistador anglosajón imbuido de un profundo sentimiento racista. Esta etapa desempeñó el papel de período de transición que cumplió la tarea de fundir el proceso secundario americano con el proceso evolutivo primario; sus períodos menores son:

a) Período de integración constituido por la etapa colonial, durante la cual se forma lentamente la sociedad americana. En el lapso en que se desarrolla la mayor parte de este período, no existe aún conciencia americana; el colono europeo se siente hijo de la metrópoli, en cuyo nombre oprime y explota al indio; el indígena ve desaparecer, a un tiempo, su cultura y su nacionalidad. Hacia el final del período, la población de este continente toma ya conciencia de su filiación americana, de lo cual da una prueba indiscutible en las guerras de independencia. La independencia americana fue la culmina-

ción de este proceso psíquico, el cual constituye la causa profunda y determinante del fenómeno; las causas de orden económico y comercial, que suelen citarse por los autores, sólo fueron coadyuvantes, porque aseguraron una ayuda externa que, si bien fue efectiva en la práctica, no habría sido capaz por sí sola de haber provocado el fenómeno de no haber mediado la voluntad de independizarse de los propios americanos; la difusión de las ideas liberales, que también suele citarse, tuvo más bien su mayor influencia sobre la dirección que tomó el movimiento después de lograda la independencia y sobre el curso de los acontecimientos en el período siguiente.

El fenómeno de la independencia de Iberoamérica, como todos los grandes acontecimientos históricos, ha sido muy discutido, en sus causas, en su significado y en sus hombres. Se ha pretendido querer explicarlo únicamente en función de causas económicas, pretendiendo olvidar todo el fondo espiritual que constituyó su motor psíquico innegable. Para quienes opinan en la forma indicada, la independencia iberoamericana fue el resultado del juego de los intereses comerciales de las grandes potencias del Occidente, especialmente de Inglaterra y de los Estados Unidos, que se valieron de ella para eliminar el monopolio comercial español impuesto por la Madre Patria a sus colonias ultramarinas; basta analizar el proceso de las guerras de independencia para poner de manifiesto la falsedad de tal tesis. Los movimientos en favor de la independencia surgieron aprovechando la invasión de la Madre Patria por los franceses de Napoleón I, comenzaron siendo movimientos de solidaridad con España y se transformaron, de manera inmediata y espontánea, en independencionistas; desde ese momento en adelante proliferaron por todas partes y obtuvieron el apoyo decidido de la población; fue hasta en el curso de las guerras de independencia, o sea cuando ya se había manifestado en todas partes la voluntad de los iberoamericanos de separarse del Imperio español, cuando se presentó la ayuda extranjera, la cual si bien es cierto que fue eficaz, no fue una causa determinante del fenómeno. No ha faltado quienes quieran decir que los próceres actuaron persiguiendo intereses egoístas, buscando obtener mejores precios para los productos de sus cosechas en un mercado libre del monopolio comercial español; nada más injusto; los próceres fueron los hombres que, en el momento histórico de la independencia supieron interpretar los deseos de su pueblo y poner generosamente sus vidas al servicio de esa causa; no obtuvieron, por ello, más que la satisfacción del deber cumplido y la gratitud de las generaciones futuras de iberoamericanos; la verdad es que, aunque fue aceptada la ayuda extranjera, no se dio nada en cambio por ella; si hubiera sido de otra manera, no habría que haber esperado hasta el período siguiente para ver aparecer, con carácter definido la penetración económica y política del imperialismo norteamericano.

b) Período de plenitud, representado por el siglo recién pasado. En él se concretaron las nacionalidades de esta parte del mundo y se operó paulatinamente la fusión del proceso secundario americano con el proceso evolutivo primario. Como resultado de haberse constituido una serie de unidades políticas diferentes, se diversificó la conciencia americana, o mejor dicho, la conciencia iberoamericana, creándose las conciencias nacionales de cada una de las comunidades políticas en que se dividió la América moderna. La lucha entre conservadores y liberales, que ocupó la mayor parte de nuestra historia, es este período y que concluyó con el triunfo definitivo de los segundos, sirvió para destruir lo que aún restaba de la organización colonial y dar a nuestros pueblos la fisonomía del presente; las estructuras actuales, resultantes de esta lucha han colocado a nuestros pueblos frente a los problemas que confrontan los países que, con anterioridad estaban sometidos al proceso primario de evolución; nos han integrado en ese proceso y nos han hecho marchar al ritmo evolutivo de esas naciones; si bien estamos a la zaga en cuanto al desarrollo socioeconómico y sociopolítico, sentimos ya todas las corrientes ideológicas mundiales y tenemos en común con los otros pueblos del mundo, en lo fundamental, esa actitud psíquica profunda que constituirá la base de las transformaciones culturales de mañana. A medida que avanzan los tiempos se hace más claro que evolucionamos al ritmo de toda la Humanidad.

El proceso del período americano de plenitud tuvo dos aspectos fundamentales: 1) La formación de la conciencia nacional de cada una de las unidades políticas del continente americano; en Norteamérica fue un proceso integrador, mediante el cual los estados originales se fueron fusionando, paulatina e insensiblemente en la Federación, muy débil al principio del período y completamente consolidada al final, cuyo punto crítico lo constituyó la Guerra de Secesión, y a la vez un proceso de asimilación de todo el elemento humano traído por las corrientes migratorias que, en el caso específico de los Estados Unidos, han desempeñado un papel de primer orden en la formación de ese pueblo; en Iberoamérica ha sido un proceso diferenciador cumplido al amparo de la división en cierto número de países distintos, a través de todo el período, y del sentimiento nacionalista, típico de los pueblos occidentales que los iberoamericanos hemos heredado de los conquistadores europeos. 2) La adaptación de la cultura de nuestro continente al ritmo propio del proceso evolutivo primario; en Norteamérica el proceso asumió la forma de la conocida «marcha de la civilización hacia el Oeste»; en Iberoamérica se concretó mediante el fenómeno que podemos llamar de la «revolución liberal».

c) Período de disolución en nuestro siglo, que ya no es netamente americano sino mundial, es decir, que forma parte del período de disolución del proceso evolutivo primario. Norteamérica ha emergido como una potencia

imperialista del mismo tipo de los imperialismos europeos; los imperialismos occidentales, como se ha dicho, son el resultado de la hipertrofia del nacionalismo que conduce a los pueblos imperialistas a querer colocar su propia nacionalidad por encima de las demás y a abrigar tendencias a la hegemonía mundial; toda la política exterior intervencionista norteamericana, en Iberoamérica primero y en el mundo en general después, corrobora este punto de vista; la dirección del proceso está, por el momento, en sus manos. Iberoamérica, azotada por el caudillismo y el subdesarrollo, está, aún a la zaga; pero sus pueblos han despertado y podemos esperar en el futuro que asuma el papel rector en los asuntos mundiales a que la llama su destino; aquí está uno de los problemas más candentes de la realidad iberoamericana de hoy día; nuestros pueblos buscan ardientemente el respeto internacional a que tiene derecho de parte de grandes y pequeños, la posibilidad de hacerse sentir efectiva y libremente en la marcha de los asuntos mundiales y la oportunidad de crear su propia cultura y de llegar a sus propias soluciones.

Cuatro grandes necesidades, en lo fundamental, demandan solución urgente y constituyen el problema, o mejor complejo de problemas, que confronta Iberoamérica en esta hora decisiva del despertar de sus pueblos: 1) En el campo político interno, la de la vivencia real y efectiva de la democracia representativa, como sistema de gobierno; en todas las naciones iberoamericanas, el gobierno democrático es un principio constitucional desde hace siglo y medio más o menos, pero, en la gran mayoría de ellas, nunca se ha vivido en la práctica. 2) En el campo social, la necesidad de poner fin al régimen intrínsecamente injusto que hace víctima a la mayoría de la población; la justicia social es, hoy en día, de urgencia impostergable entre nosotros. 3) En el campo económico, la de desarrollarse económicamente, a fin de sustituir nuestras economías tradicionales, por economía moderna de tipo industrial, y, lo que es más difícil, la de combinar tal desarrollo con un vigoroso progreso social y un adecuado equilibrio regional. 4) En el campo internacional, la de obtener la posición de dignidad y respeto, a que tenemos indiscutible derecho, en el juego mundial; en nuestros días, en que el juego internacional de las grandes potencias está derivando, de manera clarísima, hacia la política de los colosos, tales como los Estados Unidos y la Unión Soviética, la solución lógica de este problema se encuentra en la creación de una unidad política regional iberoamericana.

Los pueblos del Extremo Oriente han realizado un único ciclo, de corta duración, que desembocó en un estancamiento; la evolución se planteó como una lucha entre la tendencia imperial universalista y el feudalismo particularista. Los dos mayores pueblos de la zona, China y Japón, tuvieron procesos evolutivos paralelos en cuanto a sus etapas, pero con resultados finales

diferentes. En China, el período de integración se inicia con el Imperio de tendencia universalista, fundado alrededor del Emperador, el hijo del cielo; hasta las postrimerías de la segunda dinastía aparecen los señoríos feudales que marcan la crisis de la idea imperial; bajo la tercera dinastía, los Chou, el Imperio se convirtió en un Estado feudal, despedazado por las incesantes luchas entre los dinastas locales por apoderarse de la dignidad imperial; en este período apareció el confucionismo, principal responsable del estancamiento posterior, al encerrar en sus marcos clásicos toda la vida de la quieta civilización china. Las luchas feudales concluyeron con el triunfo de los T'sin, que dieron a China la cuarta dinastía, cuya elevación marca el principio del período de plenitud; la cuarta dinastía destruyó el feudalismo y creó un Imperio unitario y militarizado, volviendo al universalismo del hijo del cielo. La quinta dinastía, los Han, convirtió el Imperio en un Estado de funcionarios, profundamente confucionistas, cuya organización se completó a través de varios siglos y bajo diferentes dinastías. El estancamiento empieza con los Hans; después de esa época hubo movimientos violentos que acarrearón la división y luego la reconstrucción del Imperio; China fue conquistada dos veces por invasores bárbaros: los mongoles y los manchúes; pero el tradicionalismo chino supo ser más fuerte que todo eso; salvó los períodos de lucha y absorbió culturalmente a los invasores; los marcos clásicos de la cultura china se mantuvieron inalterables hasta su contacto reciente con la cultura occidental.

Al iniciarse el período de integración en el Imperio japonés, encontramos el poder dividido entre el Mikado, que representa la tendencia imperial con justificación religiosa, y los jefes de la aristocracia de las estirpes, representantes de la idea feudal que en el Japón parece remontarse a tiempo inmemorial. La crisis se inició con el intento del Mikado de introducir un Estado de funcionarios, al modelo chino, para destruir o, por lo menos, debilitar al máximo posible al feudalismo; el intento encontró la resistencia de la aristocracia y provocó la guerra civil; la aristocracia triunfó e impuso al Mikado vencido la delegación de sus poderes en un nuevo funcionario, el *shogún*, cuyo establecimiento señala el principio del período de plenitud. El shogunado no fue inicialmente hereditario; las distintas estirpes feudales trataban de retenerlo casando a los Mikados con mujeres de su familia; tras un intento del Mikado por recuperar su antiguo poder y una guerra civil, se estableció el *shogunado* hereditario, cuya larga duración corresponde a la etapa de estancamiento japonés; durante el estancamiento, floreció el feudalismo japonés con instituciones externamente paralelas a las del feudalismo occidental; la alta nobleza, de los señores feudales está representada en el Japón por los *daymios*; la institución de la caballería, por los *samurais*. Poco antes de la llegada de los europeos, había surgido un movimiento nacionalista que reclamaba la abo-

lición del feudalismo y reivindicaba para el Mikado, como representante ideal de la nacionalidad japonesa, el ejercicio efectivo del poder; era la resurrección de la antigua idea imperial; si hubiera transcurrido un lapso suficiente, es probable que este movimiento habría sido capaz, por sí solo, de sacudir el estancamiento y devolver al país a la evolución; de todas maneras, suministró la fuerza psíquica necesaria para que pudiera efectuarse la sorprendente transformación japonesa del siglo recién pasado.

El contacto con la cultura occidental intrusa puso fin al estancamiento en el Extremo Oriente y disolvió el ciclo. La actitud inicial de ambos Imperios fue la misma, se cerraron voluntaria y drásticamente a toda influencia externa, pero las etapas posteriores fueron diferentes. China fue abierta a cañonazos por las potencias imperialistas de Occidente; el contacto con Occidente descompuso a China y la lanzó en un franco proceso decadente; el ensayo republicano de Sun-Yat-Sen fue un fracaso, porque al faltarle la base espiritual indispensable careció de sinceridad y de vivencia efectiva; jamás vivió su mentida democracia y concluyó por sumir al país en un caos que abrió la puerta al más oriental de los regímenes contemporáneos: el comunismo soviético. El Japón, en cambio, reaccionó en otra forma; con una capacidad de asimilación poco común, adoptó todo aquello que le fue posible asimilar de la cultura occidental y lo combinó con su propio modo de ser; su transformación sin precedentes, cumplida por su propia voluntad, le ha permitido colocarse en una posición de importancia en el juego internacional; es cierto que su ancestral tendencia al imperio universalista no ha dejado de causarle tropiezos; a ella debe su loco sueño de dominación sobre el mundo que lo hizo participar en la desastrosa aventura de la segunda guerra mundial, pero, pasado ese aciago momento de su historia, su evolución continúa por vía de progreso.

Fuera de los dos procesos evolutivos secundarios que se acaban de analizar, no podemos hablar con propiedad de otros que merezcan citarse. El África central y meridional, hasta la colonización europea, no hizo otra cosa que prolongar hasta nuestros días su etapa prehistórica o primitiva. En cuanto a Oceanía, probablemente por influencia irradiada de las culturas orientales, produjo dos formas culturales: la melanesia y la polinesia, de las cuales solamente la segunda merece el nombre de alta cultura; la vida de estas formas culturales, en su hogar originario, fue efímera; tras un corto florecimiento, la evolución regresiva sumió a esos pueblos en el barbarismo; en cambio, la emigración marítima de muchos de sus componentes a través del Pacífico, les permitió llegar a América, con lo que estas culturas se convirtieron en el antecedente de las del primer ciclo americano.

IX

EL MOMENTO PRESENTE

El momento actual de la historia del mundo tiene una importancia capital para toda la evolución humana. La cultura occidental, a partir del período de plenitud del proceso evolutivo primario ha realizado una expansión sin precedentes, que le ha permitido llegar a todos los rincones del Planeta. Como resultado de esta enorme expansión, la cultura occidental ha desempeñado, y continúa desempeñando, respecto de los pueblos que no son occidentales, el papel de cultura intrusa y provocando la reacción violenta de estos pueblos. El efecto inmediato de la intrusión ha sido unificar el proceso evolutivo al comunicar a los demás pueblos de la tierra el ritmo evolutivo propio del proceso primario, cuya dirección ha tenido hasta hoy la cultura occidental. La Humanidad vive, por primera vez en la Historia, un único proceso evolutivo, lo cual, desde luego, no nos permite asegurar que no pueda diversificarse nuevamente en el futuro.

Por otra parte, el proceso evolutivo primario que se ha extendido a toda la Humanidad, está en una etapa crítica; hace ya más de dos siglos que empezó el período de disolución del segundo ciclo; aún más, la crisis final parece haber comenzado a partir de la primera guerra mundial. Esta es la explicación histórico-sociológica de la crisis que agita al mundo de hoy día; la Humanidad está viviendo los malestares del cambio de ciclo que se aproxima; las violencias que acompañan a la desintegración del segundo ciclo y al reagrupamiento de fuerzas consiguiente que generará el tercer ciclo; el mundo sufre los dolores de la muerte de un ciclo y del nacimiento de otro.

La incitación que provoca la crisis es el problema social nacido en el ámbito de la cultura occidental, rectora del ciclo, como efecto del sistema económico implantado por el liberalismo. Como resultado de la unificación del proceso evolutivo este problema se ha combinado con otros muchos, propios de los diferentes pueblos, viniendo a constituir un verdadero sistema de problemas, cuya falta de soluciones adecuadas amenaza con llevar a la Humanidad a un nuevo caos. Se ha combinado con la falta de libertad política que sufren desde tiempo inmemorial muchos pueblos, que han despertado bajo la influencia cultural que les llega de afuera y reclaman la erradicación de los gobiernos de camarillas minoritarias; se ha combinado con la falta de desarrollo económico de gran parte de la Humanidad y con la existencia de econo-

mías de tipo colonial, que permite la explotación de los países en fase de desarrollo en provecho de las naciones desarrolladas; se ha combinado, finalmente, en el campo internacional, con el problema de los imperialismos y de la lucha por la hegemonía sobre el mundo.

Las mismas corrientes ideológicas que han tenido su origen en las respuestas ideadas para enfrentar el problema han venido, en ciertos casos, a crear factores negativos que los complican. Para ilustrar esta afirmación, voy a citar un ejemplo. El marxismo nació en Occidente, como una respuesta exclusivamente materialista al problema social; encontró aceptación entre gran número de miembros de la llamada *intelligentsia* rusa y constituyó la base ideológica del nihilismo revolucionario que derribó al zarismo; al llegar al poder se combinó con el régimen autocrático y con la tendencia imperial universalista que los rusos heredaron de los tártaros, originando el totalitarismo de izquierda que ha gobernado Rusia desde 1917. La autocracia comunista ahogó las ansias de libertad del pueblo ruso, y, al proclamar la Dictadura como sistema, está poniendo en peligro la libertad futura de todos los pueblos del mundo. Al crear la clase burocrática, la «nueva clase» de Milovan Djilas, que tuvo su antecedente histórico en la nobleza de servicios de los Zares Iván el Terrible y Pedro el Grande, ha creado una nueva forma de privilegio opuesta a la igualdad que constituye la meta de todo progreso social. La tendencia imperial universalista se vistió con el ropaje de la internacional comunista para constituir el imperialismo soviético, que con el ingreso de China al campo comunista se transformó en el imperialismo chinosoviético; este imperialismo oriental, resurrección de la vieja tendencia al dominio universal de los días del primer ciclo del proceso primario, discute en este momento la hegemonía sobre el mundo al imperialismo norteamericano, de tipo occidental.

La evolución histórica de Rusia es harto interesante; siguiendo las ideas expuestas magistralmente por Gonzague de Reynold, podemos resumirla así: 1) Durante la primera etapa, llamada de la Rusia de Kiew y Novgorod, la cultura llegó a Rusia, bajo la influencia bizantina; adquirió la cultura del Bizancio del Medievo, que fue helenística oriental. 2) La conquista de los tártaros de la «horda de oro» puso fin al primer período y sometió a la cultura rusa, casi en su cuna, a su influencia, consolidando definitivamente su orientalismo; la escuela de los tártaros fue una escuela de despotismo y servilismo a la vez, que aseguró que las formas dictatoriales serían el gobierno normal de los rusos. El duque de Moscú, primero tributario de los tártaros y luego adalid de la independencia nacional, fundó el Imperio bajo el modelo autocrático heredado de los tártaros: es la época de Iván el Terrible, cuyo gobierno se caracteriza por ser una tiranía típicamente oriental; la misma construcción del Imperio, mediante la llamada «marcha hacia el Este», que Rusia ha man-

tenido sin interrupción a través de todas las etapas de su historia, no es otra cosa que la reconstrucción del Imperio tártaro, en provecho de sus sucesores rusos, en sentido contrario, esto es, de Poniente a Oriente; esta es la etapa llamada la Rusia de Moscú. 3) Durante la tercera etapa, llamada la Rusia de San Petersburgo, se intentó la asimilación de Rusia al Occidente; los Zares Pedro el Grande y Catalina II fueron los autores de este ensayo, que solamente logró una transformación aparente y superficial, sin llegar a la esencia del alma rusa; se fundó una nueva capital, se adoptó en las grandes ciudades las maneras occidentales y se favoreció la penetración de la cultura occidental, pero en el fondo, el ruso continuó siendo y pensando como antes; la misma transformación, por superficial que haya sido, vino a demostrar hasta dónde podía llegar el poder del autócrata, frente a la sumisión tradicional de sus súbditos. La influencia de la cultura occidental tuvo el efecto de formar una minoría de intelectuales, la *intelligentsia*, que vivió desvinculada, a la vez, del pueblo y de la Corte; esta minoría adoptó la corriente ideológica más extrema del Occidente, el marxismo, lo rusificó y la llevó hasta sus últimas consecuencias; aceptó la revolución proletaria y proclamó que solamente podría ser realizada por el pueblo ruso, por ser un pueblo sin historia y, por lo tanto, sin compromiso con el pasado; convirtió a la revolución proletaria mundial en la misión mítica de una clase y del pueblo ruso ahistórico. 4) La Rusia de los Soviets es la etapa presente, iniciada a partir de la revolución de 1917; la *intelligentsia* rusa proporcionó el núcleo del partido nihilista, que hizo violentamente la lucha contra el zarismo, y cuya fracción extremista, los bolcheviques, se apoderó del gobierno a raíz del triunfo de la revolución; desde el poder se esfuerza en llevar a la práctica la revolución mundial proletaria, en provecho de un nuevo imperialismo de corte oriental; los hechos de los últimos treinta años, es forzoso admitirlo, nos están demostrando que existe un serio peligro de que logre sus objetivos. Realmente, Gonzague de Reynold tiene razón cuando dice que Rusia es la expresión más completa de la palabra «Eurasia», formada con la mitad del nombre de Europa y el nombre entero de Asia.

El sentido que la evolución tome en el tercer ciclo, cuya proximidad sentimos a través de la crisis que nos aqueja, depende en gran medida de la solución que la Humanidad elija para responder al reto que el problema social, en toda su compleja contextura, le plantea. La solución para ser justa, implica, en el campo interno de cada comunidad política, la erradicación de la injusticia social y del gobierno de oligarquías minoritarias, económicas o políticas, mediante un sistema basado en la dignidad del hombre y la solidaridad social; y, en el campo internacional, la erradicación del imperialismo y de la explotación que sufren los países en fase de desarrollo, mediante un sistema basado en la dignidad de los pueblos y en la solidaridad internacional. Sola-

mente así podremos ingresar en un tercer ciclo que representa un nuevo esfuerzo de superación hacia la fraternidad universal humana.

El llamado problema social de nuestro tiempo no solamente tiene proyecciones en los campos político, económico e internacional, sino que se ha combinado con un formidable encuentro de culturas, que la expansión de la cultura occidental por todos los rincones del Planeta, ha propiciado. Cuando se producen encuentros culturales en el espacio, como sucede en nuestros días, hay siempre una cultura que desempeña el papel de intrusa y que toma inicialmente la ofensiva; esto provoca la reacción de la cultura o culturas afectadas, las que a su vez contraatacan, originándose una colisión cultural, que con mucha frecuencia degenera en lucha violenta; la cultura o culturas que resisten, por regla general, toman de la intrusa todo aquello que les sirve para la lucha que han de librar, inclusive una postura ideológica o un credo religioso o cuasirreligioso, considerado en el ámbito de la cultura intrusa como una desviación, una herejía o una posición heterodoxa, a fin de que le sirva de bandera; tal es, en síntesis, la opinión de Toynbee en materia de encuentros culturales en el espacio, con la cual estamos de acuerdo en lo fundamental. Éste proceso se realiza actualmente; la cultura occidental ha desempeñado el papel de cultura intrusa, respecto de las demás del planeta; con su formidable expansión sin precedentes, durante los últimos cuatro siglos ha hecho víctimas de su ofensiva a todas las demás culturas de la tierra; éstas han contraatacado, poniendo en peligro la existencia misma de la cultura occidental intrusa; el credo o postura ideológica que han tomado como bandera, es una de las respuestas que pretenden resolver el problema social, como complejo de problemas del mundo contemporáneo, el marxismo, que se ha convertido en el aglutinante ideológico de todo el movimiento antioccidental de nuestros días. El choque del imperialismo norteamericano y el chinosoviético, en el campo internacional de hoy, discutiendo la hegemonía del mundo de mañana, lleva en el fondo este formidable encuentro cultural de proporciones mundiales. La gran verdad, no obstante, es que cualquier postura imperialista es esencialmente injusta; la solución no está, pues, en el triunfo de cualquiera de los imperialismos en pugna, sino en el de una postura diferente, que implica la superación de cualquier imperialismo y la implantación de un sistema basado en la dignidad y respeto de todos los pueblos y de todos los hombres, es decir, en la verdadera solidaridad y fraternidad humanas.

Varias respuestas se han ideado, ante el complejo de problemas que vive nuestro mundo, pero todas ellas se han eliminado una a una, hasta quedar, finalmente, sólo dos en la palestra. La continuación de un liberalismo mitigado mediante concesiones *ad hoc* y de los imperialismos occidentales, se revela cada día más inoperante; es el esfuerzo desesperado por prolongar una

ayer caduco y decadente; por sostener lo insostenible; por dar marcha atrás a la Historia. El fascismo, combinación del cesarismo con el ultranacionalismo exagerado, fue una respuesta negativa que costó al mundo la hecatombe de la segunda guerra mundial.

Quedan la respuesta marxista y la socialcristiana. Ambas nacieron en Occidente; pero la primera, al haber sido recogida por dos pueblos de tradición imperial universalista: Rusia y China, lleva los gérmenes de la autocracia oriental y de sus tendencias de dominación sobre el mundo; la segunda, en cambio, implica la renuncia de las ansias de hegemonía que frustraron el desarrollo del segundo ciclo próximo a desintegrarse. La elección de la Humanidad dirá la última palabra.

ROBERTO LARA VELADO

BIBLIOGRAFIA

- BELLOC, Hilaire: *La crisis de nuestra civilización*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1950.
- BERDIAEFF, Nicolás: *Una nueva Edad Media*. Editorial Apolo. Barcelona, 1934.
- — *El sentido de la Historia*. Editorial Araluce. Barcelona, 1963.
- CANALS FRAU, Salvador: *Prehistoria de América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1950.
- — *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1955.
- CANTÚ, César: *Historia Universal* (11 tomos). Casa Editora Garnier Hermanos. París, 1914.
- CORNEJO, Mariano H.: *Sociología general* (2 tomos). Editor Propietario: Manuel de Jesús Nicamendi. Méjico, D. F., 1934.
- DAWSON, Cristopher: *Religión y cultura*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.
- — *La religión y el origen de la cultura occidental*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.
- GOETZ, Walter: *Historia universal* (10 tomos). La obra es hecha por varios autores bajo la dirección del señor GOETZ. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1945.
- HASKINS, Caryl P.: *Sociedades y hombres*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.
- KAHLER, Erich: *Historia universal del hombre*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1953.
- LARA VELADO, Roberto: *Consideraciones sobre la Filosofía de la Historia*. Editorial del Ministerio de Cultura. San Salvador, 1958.
- — *Los ciclos históricos en la evolución humana*. Editorial «Studium». Madrid, 1963.
- MAC NALL BURNS, Edward: *Civilizaciones de Occidente, su historia y su cultura*. Ediciones Preuser. Buenos Aires, 1951.
- REYNOLD, Gonzague de: *El mundo ruso*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1951.
- — *La formación de Europa*. Ediciones Pegaso. Madrid. I. «¿Qué es Europa?», 1947. II. «El mundo griego y su pensamiento», 1948. III. «El helenismo y el genio

- «europeo», 1950. IV. «El Imperio romano», 1950. V. «El mundo bárbaro y su fusión con el romano»: 1. Los celtas, 1952; 2. Los germanos, 1955.
- SOROKIN, Pitirim A.: *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*. Aguilar, S. A. Madrid, 1956.
- TACHI VENTURI, Pedro (S. J.): *Historia de las religiones* (3 tomos). Editorial Gustavo Gili, S. A. Barcelona, 1947.
- TOYNBEE, Arnold J.: *Estudio de la Historia*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires. Tomos: I, 1951; II, 1956; III, 1956; IV (1.ª y 2.ª partes), 1955; V (1.ª parte), 1957; V (2.ª parte), 1957; VI (1.ª parte), 1959.
- — *La civilización puesta a prueba*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1954.
- — *El Mundo y el Occidente*. Aguilar, S. A. Madrid, 1955.
- VEDEL, Valdemar: *Ideales de la Edad Media*. I. «Vida de los Héroes», 1946. II. «Romántica caballeresca», 1948. III. «La vida en las ciudades», 1947. IV. «La vida monástica», 1948. Editorial Labor, S. A. Barcelona.
- VILLAIN, Jean (S. J.): *La enseñanza social de la Iglesia*. Aguilar, S. A. Madrid, 1957.

R É S U M É

L'histoire est quelque chose de plus qu'une simple énumération de faits, de noms et de dates, soigneusement ordonnés selon leur succession chronologique. Derrière l'évènement historique se joue le drame, plus que millénaire, de l'humanité en lutte constante pour atteindre son dépassement. L'interprétation historique n'est rien d'autre qu'un effort pour dévoiler ce drame. C'est une étude systématique du devenir des faits historiques, dans le but de découvrir les lois qui président à leur succession. Le problème fondamental qui se présente, en premier lieu, à l'interprétation historique est celui de la causalité. Celle-ci existe dans l'histoire, mais elle est de nature différente à la causalité dans les sciences naturelles. Il ne s'agit pas d'une causalité rigide et immédiate, mais d'une relation différente dans laquelle la réaction libre de l'homme détient la décision finale. Le fait historique est un fait de comportement humain, et le champ historique est le milieu social. L'homme est un être social par sa propre nature, et l'histoire s'occupe de l'acte que réalise l'homme en tant qu'acte social. On écrit l'histoire des groupes humains non des individus isolés. Toute l'histoire de l'humanité, dans l'étape strictement historique, à l'exception de la préhistoire, est une constante apparition, développement, mise en relation et disparition des cultures. De là l'importance, pour interpréter dûment l'histoire, du phénomène des cultures historiques.

Après avoir clairement centré le problème de l'interprétation historique, l'auteur analyse les formes de cette interprétation. Il y a des auteurs qui le font avec un critère d'unité: Berdiaeff, Kahler et Sorokin; et d'autres qui le font avec un critère de diversité: Danilevski, Spengler et Toynbee. Puis

L'auteur passe à l'étude de l'évolution humaine, du processus de changement constant auquel se trouvent assujetties les sociétés humaines, et dans le cadre de ce processus il distingue les grandes étapes des périodes mineures. analysant ainsi les étapes de son développement, fixant la dénomination de cycle historique, et sa division en trois périodes: fixation, développement et destruction, qui débouchent dans la grande crise finale qui, à travers des événements violents et de grandes proportions, dissout le cycle et engendre le suivant.

La seconde partie de l'article est consacrée à une brève es schématique révision de l'histoire, afin d'indiquer les cycles dans lesquels se sont déroulés les processus évolutifs humains. Cela commence par le processus primaire, qui compte deux cycles, que l'auteur examine ainsi que leurs périodes mineures. Ils ont leur origine dans les culture connues les plus anciennes et arrivent jusqu'à la Révolution française qui marque la dissolution du deuxième cycle. Il expose également les processus évolutifs secondaires des grandes zones du monde qui demeurent en dehors du primaire et en étudie deux très caractéristiques: l'Amérique et l'Extrême-Orient. Et termine par le moment actuel. L'Humanité vit, pour la première fois dans l'Histoire, un processus évolutif unique, ce qui ne signifie pas qu'elle ne puisse se diversifier dans l'avenir. Le processus évolutif primaire qui s'est étendu à toute l'Humanité se trouve dans une étape critique; il y a déjà plus de deux siècles que la période de dissolution du deuxième cycle a commencé; plus encore, la crise finale semble avoir commencé à partir de la première guerre mondiale. L'Humanité est en train de vivre les malaises du changement de cycle qui s'approche, et le sens que l'évolution prendra dans le troisième cycle, dont nous sentons la proximité à travers la crise que nous souffrons, dépend en grande mesure de la solution que l'Humanité choisisse pour répondre au défi que le problème social, dans sa texture complexe, lui pose.

S U M M A R Y

History is something more than a simple enumeration of facts, names and dates carefully placed in chronological order. Behind the historical event lies the age-old drama of humanity's constant struggle to improve its lot. Historical interpretation is simply an effort to unveil that drama. It is a systematized study of the march of historical events carried out with the purpose of discovering the laws that govern their succession. The foremost problem in the interpretation of history is causality. The latter exists in history, but it

is different from the causality of natural science. It is no rigid and immediate causality because here it is the free choice of man that has the last word. Historical fact is the fact of human conduct; the field of history is essentially society. Man is a social being by his very nature and history is concerned with human activity in so far as it is social activity. History deals with human groups, not with isolated individuals. The entire history of mankind—we refer to the strictly "historical" periods and certainly exclude prehistory—is a constant appearance, development, inter-relationship and disappearance of cultures. Hence the importance of historical cultures for the proper interpretation of history.

Having thus clearly focused the problem of historical interpretation, Sr. Lara proceeds to analyze the various forms this may take. Some authors—Berdiaeff, Kahler and Sorokin—adopt the criterion of unity; others—Danilevski, Spengler and Toynbee—that of diversity. The essay then takes up the phenomenon of human development, the process of constant change to which human societies are subject, and within this process distinguishes between the great and the lesser periods. Adopting the term "historical cycle", the author divides this into three parts: establishment, development and destruction, the whole concluding with a great final crisis which, in a series of large-scale violent events, dissolves the cycle and generates its successor.

The second part of the article is devoted to a brief, schematic breakdown of history into cycles of human development. Beginning with the primary process, Sr. Lara describes two cycles, together with their lesser stages. The process starts with the oldest cultures known to us and reaches down to the French Revolution, which marks the onset of the decline of the second cycle. He also outlines the secondary evolutionary processes of great areas of the world that stand outside the primary process, analyzing two with clearly defined features—America and the Far East—and brings us finally up to the present. For the first time in its history, mankind is developing as a single unit, which does not of course mean that the process may not become diversified again in the future. The primary process that has now extended to embrace the whole human race is in a critical stage: the dissolution of the second cycle began over two centuries ago and the final crisis would appear to have begun with World War I. Mankind is suffering from all the discomfort and malaise that accompany the advent of a new cycle. The direction that the third cycle, heralded by the present crisis, takes will depend in great measure on the solution which we bring to the challenge of the social problem, in all its complexity.

